Colección ? Preguntas

La educación afectivo-sexual en Primaria

José Manuel Mañú

José Manuel Mañú Noain

LA EDUCACIÓN AFECTIVO-SEXUAL EN PRIMARIA

Desclée De Brouwer

INTRODUCCIÓN

Este libro nace del deseo de ayudar en la educación afectivo-sexual de niños y pre-adolescentes. Es a los padres a quienes compete esta tarea y los destinatarios naturales de estas páginas; puede servir también a educadores que orientan a padres.

La educación afectivo-sexual se plantea unida porque la sexualidad no está desgajada de la afectividad y del resto de componentes de la personalidad. Sólo si se parte de una acertada visión de la persona es sencilla la educación sexual; entendiendo el contexto se comprenden algunas sugerencias de la segunda parte.

Al hablar de educación sexual, con frecuencia, se piensa en información biológica, más que en una verdadera educación, entroncada en la formación integral de la persona. Si no se comprende el valor único de cada persona, se derivan errores prácticos; hace falta entender quién es el hombre para ofrecer respuestas acordes a su dignidad. Con una buena formación antropológica, es fácil descubrir modos concretos para responder a las preguntas de los hijos. Es más importante tener una visión acertada de la persona que disponer de un manual de preguntas y respuestas, aunque no se puede obviar la importancia de esa ayuda; con sus preguntas, los niños y pre-adolescentes se forman los criterios. Dice Julián Marías en el prólogo de *La educación sentimental,* que ésta “es uno de los núcleos en torno a los cuales se organiza la vida, y precisamente en sus estratos más profundos, donde se encuentran las raíces de casi todo lo demás”.

Como afirma Enrique Bonete en el libro *Ética de la sexualidad*, es de esperar que los padres asuman la tarea de convertirse en los auténticos protagonistas de la educación sexual de sus hijos. Es precisa en el educador la prudencia, que es el arte de aplicar los principios generales a los casos particulares. Para un adulto, son más importantes los principios que la casuística; sin embargo, los niños aprenden al revés: con la respuesta a preguntas forman conceptos. Hace falta formación para explicar lo adecuado en cada caso.

Se parte de una concepción humana abierta a la trascendencia, con dignidad y valor irrepetible. En sentido estricto se puede entender la dignidad de la persona sólo con argumentos humanos, pero ese horizonte humano se fortalece y amplía si se considera a cada persona como alguien querido expresamente por Dios. Como entre los lectores habrá creyentes y no creyentes, de una religión o de ninguna, los argumentos utilizados sirven para personas variadas, si bien se entienden mejor desde un sentido cristiano de la vida. Las razones y fuerzas humanas no suelen ser suficientes para llevar una vida éticamente certera; si el lector es creyente sabe que, además de los medios humanos, cuenta con la ayuda de Dios para educar a sus hijos.

Los argumentos de estas páginas se apoyan en nociones antropológicas básicas; no obstante, aquellos que quieran conocer a fondo el planteamiento de la Iglesia Católica en esta cuestión, nada mejor que acudir a las fuentes: el Catecismo Universal de la Iglesia Católica, en los puntos que van del 2.331 al 2.350; ahí se señalan las líneas maestras del enfoque de esta cuestión.

Para evitar reiteraciones, que por la naturaleza del texto podrían abundar, en ocasiones utilizamos el término niño como genérico, común a varones y mujeres, quedando claro por el contexto si hay una especificación.

Primera Parte
FUNDAMENTOS ANTROPOLÓGICOS

1
CÓMO HEMOS LLEGADO AL CONTEXTO ACTUAL

Así como es habitual escuchar que estamos en la era de la imagen –por cierta contraposición a épocas centradas en los libros– podemos decir que estamos inmersos en una cultura sentimental, posterior a otras.

En un breve repaso de la evolución antropológica, vemos cómo en los últimos siglos hemos pasado de una cultura racionalista a otra apoyada en la voluntad, hasta llegar a la actual, en la que predomina el sentimiento. Si una dimensión de la personalidad se hipertrofia, se puede caer en el racionalismo, el voluntarismo o el sentimentalismo.

Al entrar en crisis el modelo racionalista, durante la Primera Guerra Mundial, se originó una desconfianza hacia la razón, hasta llegar a negar la posibilidad de conocer la verdad. La trayectoria es larga y compleja: se comenzó negando la metafísica y se llegó al pragmatismo relativista.

Los años treinta del siglo XX corresponden al auge del voluntarismo, preconizado por Nietzsche con la exaltación de la *voluntad de poder.* También en la psiquiatría las corrientes derivadas del planteamiento de Freud, se dividieron entre las que postulaban el afán de poder como primer motor y las que mantienen el planteamiento freudiano original. Freud tuvo un papel clave en la atención del subconsciente, pero se equivocó al afirmar que el instinto sexual está en la base de toda la explicación del comportamiento humano. Como hicieron notar autores posteriores, Freud demostró conocer el sótano de la casa, pero se olvidó del resto de pisos del edificio.

Con la crisis producida en el periodo de entreguerras, sobre todo entre 1929 y 1939, se termina por derrumbar la confianza en el progreso indefinido, que había sido la tesis predominante, para derivar en corrientes existencialistas o en otras ideologías. El choque brutal que supuso la Primera Guerra Mundial creó un desconcierto del que no nos hemos recuperado. Aunque en la

Segunda Guerra Mundial el número de muertos fue muy superior, la quiebra de confianza en un estilo de vida que se creía perfecto y definitivo se dio al estallar la Primera.

Durante la segunda mitad el siglo XX, se difundió la duda en la posibilidad humana de conocer la verdad y el bien, objetivos de la inteligencia y de la voluntad. Entramos así en una época en la que se mira a la verdad como sospechosa de fundamentalismo y en la que prima la moral relativista; con una exaltación del placer centrado en el hedonismo.

Intelectualmente antes, y de modo práctico con el mayo francés de 1968, muchas personas se educaron en la visión hedonista del sexo. La sexualidad fue considerada en algunos ambientes como una forma de placer sin *costes añadidos*. Abordar con acierto la educación de la sexualidad, requiere concebir la persona como un ser dotado de inteligencia, voluntad y afectividad, predispuesto a la armonía en sus cualidades, aunque tantas veces no la alcancemos; con una dignidad por *el hecho de ser,* que nadie puede arrebatarnos. Todos encontramos tendencias al desorden en el corazón; los creyentes sabemos que es consecuencia del pecado original. El ideal de armonía clásica entre la inteligencia, voluntad y afectividad no es un punto de partida sino, en todo caso, de llegada. Esa armonía sólo es alcanzable, hasta cierto punto y de forma generalizada, estable y duradera, con la ayuda de Dios.

II
SITUACIÓN ACTUAL

La coyuntura de este comienzo de siglo presenta algunos rasgos que señalamos:

- Nunca hemos estado en mejor situación para valorar el papel de la afectividad en la persona, al superarse la desconfianza hacia esta dimensión de la personalidad.
- El sentido positivo de la castidad va cuajando en algunos ambientes y el sexo es visto como un don de Dios.
- Las posibilidades de formarse, padres y profesores, son mayores que en el pasado.
- La mayor cercanía padres-hijos permite afrontar los temas afectivos en un clima de confianza.

Junto a las luces de la cultura actual hay factores que no convienen infravalorar:

- Se ha producido una hipertrofia de la afectividad, al otorgarle un protagonismo en la toma de decisiones que no le compete.
- La sociedad occidental tiene una fuerte carga hedonista, con un desenfoque de la sexualidad que se manifiesta de diversas formas.
- Es frecuente que los jóvenes se encuentren inmaduros en situaciones complejas, para las que no están preparados ni psíquica ni moralmente.

Los jóvenes reciben mucha información sexual y poca formación. Hace unos años la sexualidad era, en muchos casos, omitida en la educación de los jóvenes; algunos sólo recibían una información, precipitada y escasa, pocas semanas antes del matrimonio; convivían libertinos y puritanos, pero pocos tenían una visión positiva y certera de la dimensión sexual de la persona. En unas décadas se ha pasado del puritanismo al permisivismo; con la

revolución sexual todo ha pasado a ser válido con tal de *no crear problemas.*

En la actualidad crece la confusión, poniendo en duda la identidad sexual de los niños, a los que se les presentan modelos de conducta contrapuestos, como si todo se redujera a una elección en la que cualquier opción es válida. Asistimos a consecuencias, a veces contradictorias, del materialismo que impregna la sociedad; por un lado, se fomenta la visión hedonista de la sexualidad y luego nos quejamos de sus consecuencias: aumento de la violencia sexual, acosos... etc. Fomentar una postura sin asumir los efectos es, como poco, desconocer la naturaleza humana. Afirma Bonete en *Ética para la sexualidad*: "la frívola trivialización de lo sexual es trivialización de la persona misma a la que se humilla muchas veces reduciéndola a la condición de objeto de *utilización erógena".* No tiene reparos en denunciar con valentía cómo se propone a los jóvenes una sociedad formada por cosas y no por personas: el derecho a hacer *todo* desde la más tierna edad, sin límite alguno, pero con la mayor *seguridad* posible; con esas premisas, la entrega desinteresada, el control de los instintos, la responsabilidad, son consideradas nociones superadas.

Pero la realidad es que éstas y otras cuestiones no son normales, por difundidas que estén. No podemos acostumbrarnos a que en series de televisión, películas, *reality shows, etc.,* se difunda una visión superficial y equívoca de las relaciones afectivas. Cuando un niño, desde que tiene noción, ha visto noticias, programas –también de dibujos animados– donde en la conducta sexual de los protagonistas todo es válido, es previsible que no conciba la sexualidad como una realidad noble del ser humano para ser usada en el matrimonio. Algunos renuncian, como si fuera una meta imposible, a que sus hijos tengan una visión digna de la sexualidad; como mucho, tratan de retrasar la entrada de sus hijos en ambientes hedonistas. En el plan del fin de semana de muchos jóvenes se juntan nocturnidad, abundancia de alcohol y promiscuidad; en ese contexto es más difícil vivir bien la sexualidad; sin la desinhibición provocada por el alcohol y otras drogas, muchos jóvenes no tendrían algunas conductas; los niños y pre-adolescentes aunque no

participen directamente en esas situaciones, las perciben y ven los efectos en su entorno.

No se trata sólo de conseguir que los jóvenes tengan ideas claras sobre lo que está bien y lo que está mal; se trata de evitar que tengan que comportarse como héroes para omitir las frecuentes ocasiones de mala conducta. Este es el contexto para el que tenemos que preparar a los niños y pre-adolescentes; necesitan claridad de ideas para apreciar, en su momento, el valor de la espera como manifestación del amor; a respetar el propio cuerpo y el ajeno, sabiendo que la dignidad de la persona exige respetar su corporalidad. Si educamos con amor y para el amor, les facilitaremos los resortes necesarios para vivir de forma adecuada el tiempo de ocio, iremos por delante y les evitaremos situaciones difíciles.

Sin salirse del mundo que nos ha tocado vivir –que por otra parte tiene aspectos apasionantes– los jóvenes deben encontrar formas asequibles de divertirse, acordes con la dignidad de ellos y de sus amigos; es tarea de los adultos facilitar entornos adecuados para que sus hijos desarrollen la dimensión social de sus vidas. El niño y el pre-adolescente son inmaduros, *adolecen* de madurez, y se les debe proteger de situaciones que superan sus capacidades. No es cuestión de que sus padres tengan más o menos confianza en él; pretender que salgan bien de situaciones imprudentes es como intentar que resuelvan integrales en Primaria. Por esa razón es necesario adelantarse, para no tener que decidir entre alternativas viciadas de partida.

La sexualidad no siempre ha sido bien entendida. Una educación equivocada partía del enfoque negativo del sexo; ahora, quienes han comprendido bien su naturaleza sí saben situarla en el marco apropiado. Quienes siguen sin entender su significado han saturado la vida de sexualidad. Las consecuencias están a la vista: promiscuidad, se multiplican los embarazos de adolescentes, se trivializa la infidelidad, se difunden pastillas con la ligereza de quien da caramelos; se acentúan tendencias obsesivas; se dan situaciones proclives a abusos y agresiones sexuales; se puede provocar una cadena de eslabones como: infidelidad-divorcio-hogares rotos-hijos inseguros.

El término educación sexual es equívoco. Con frecuencia se reduce a explicaciones fisiológicas sin referentes éticos, cuando no a instrucciones para el uso y abuso del sexo. En el fondo de este planteamiento late la incomprensión del sentido, de gran riqueza humana, de una sexualidad positivamente enseñada y vivida.

La dimensión sexuada de la persona tiene un alcance superior a la genitalidad; la educación afectiva lleva a encontrar las manifestaciones del amor acordes a la persona a la que van dirigidas. Manifestar la afectividad del modo adecuado a las personas y circunstancias, es parte de la educación para el amor que los hijos necesitan recibir.

Hay lugares en donde la escuela y la Administración se han arrogado derechos que ni pueden ni deben tener. Algunas veces atropellan la voluntad de los padres, que ven cómo maestros y autoridades no respetan su derecho a educar a sus hijos en esta materia. Educar en el origen de la vida, en la entrega del amor, en el surgir del impulso sexual, corresponde primariamente a los padres. La negligencia de éstos, y una poderosa corriente de invasión del ámbito familiar por los poderes públicos, ha llevado a esta situación.

Es preciso que los padres recuperen el protagonismo que les corresponde en la educación afectiva de sus hijos y que resistan la intromisión de otros agentes. ¿Cuántos padres han resistido, legalmente si es preciso, el atropello de ese derecho?

Quizá un primer paso sea conocer la situación real en la que se mueven los hijos. Veamos algunos puntos:

- ¿Qué enfoque tienen los libros de texto que utilizan sus hijos? ¿Son acordes al ideario del centro en el que estudia y a la dignidad humana?
- ¿Cómo orientan los profesores de ciencias naturales, religión, ética, o los tutores, la sexualidad?
- ¿Procura adelantar la formación de sus hijos para que la primera formación la reciban de sus padres?
- ¿Qué programas de televisión, contrarios a la dignidad de la persona, se emiten en horario infantil y juvenil? ¿Protesta cuando se vulneran los códigos éticos?

No son inevitables las situaciones escabrosas a las que sus hijos se ven sometidos. Sólo irresponsables omisiones, o peor, una brutal presión, explican ese deterioro. Hay que contrarrestar la presión hedonista; proteger a sus hijos de ingerencias y buscar alternativas eficaces. Unos padres sensatos no esperarán a que sus hijos lleguen a la adolescencia para dar soluciones; poner en marcha medios alternativos requiere tiempo y esfuerzo hasta que funcionen; es labor de los padres y educadores adelantarse a las necesidades educativas. Los padres, si no la tienen, deben prepararse para formar a sus hijos; inhibirse por comodidad, temor o negligencia, trae funestas consecuencias. Como la realidad afectiva y la educación sexual sólo se comprenden en el marco adecuado, es preciso repasar aspectos antropológicos básicos. Si los hijos tienen ideales, valores, compromisos nobles, entenderán bien la grandeza del amor humano noblemente vivido.

Cuando todavía las pasiones no tienen mucha fuerza, es buen momento para que entiendan que el matrimonio es el marco adecuado para la entrega que supone la donación propia de la relación sexual. Si la familia es la principal transmisora de valores, debe ser en ella donde los hijos aprenden a amar y a ser amados; aprender que el sexo, si se integra con el amor conyugal, en un clima de respeto y de fidelidad, como manifestación del amor entre sus padres. Con ideas claras, les ayudaremos a volar alto, aspirando a saber amar más y mejor.

III

OTRA RUTA DIFERENTE. LA IDEOLOGÍA DE GÉNERO

Bajo el término género, se acepta denominar hechos como *la violencia de género;* el término no tuvo la aprobación de la Real Academia Española, por ser usado de forma impropia; la realidad es que es ha generalizado su difusión. Lo que inicialmente debiera usarse como género masculino o género femenino, pasa a ser un nuevo modo de llamar a las cosas, porque se busca cambiar su esencia. No se trata en esta *revolución social* de lograr la equiparación de derechos y deberes entre varones y mujeres. Lo que buscan los promotores de *la ideología de género* es un cambio más profundo. Hacia 1968 se rompió el nexo entre sexo y reproducción, desde entonces y, especialmente desde la conferencia de Pekín en 1995, se afirma que el sexo no tiene su base en la naturaleza humana, sino que es un fenómeno cultural mediante el que los varones han sometido a las mujeres. Se niega la existencia de una *naturaleza humana,* o se considera que el individuo ha llegado a un dominio sobre la biología que puede cambiar la naturaleza, a la que considera injusta y opresiva al condicionar sexualmente a sus miembros. Los rasgos sexuales físicos podían ser modificados según la opción afectiva elegida por el sujeto; después se consideró que los comportamientos considerados tradicionalmente masculinos o femeninos eran efectos culturales y que mediante una labor de *ingeniería social* se podía crear una nueva cultura, con moldes nuevos. El siguiente paso es negar la existencia del concepto de sexo; desde la ideología de género se busca terminar con la disyuntiva masculino-femenino y llegar a una óptica pluri-sexual y transitoria, en la que es cada individuo quien decide su orientación sexual, que puede modificar las veces que desee. Para lograr su generalización, un obstáculo importante es la familia. Para quienes piensan así, no existe matrimonio, puesto que se puede modificar el género en cualquier momento y romper los lazos temporales. La vinculación entre

feminidad y maternidad llevan años buscando romperla. Este planteamiento se solapa con otros objetivos a medio plazo. Se usa como argumento que la sociedad ha atribuido a la mujer un rol de banda estrecha, cuestión cierta en muchos casos. Se mezcla procurar que el marido asuma plenamente las obligaciones familiares al mismo nivel de la esposa, con otras metas, de naturaleza diferente, a largo plazo. Con una hábil política de comunicación, se difunden argumentos de calado muy variado; para esas personas, no importa la realidad actual, sino lo que se busca conseguir; en la nueva sociedad, no habrá ni maridos ni esposas, ni familias, porque según la ideología de género son términos a suprimir. El individuo se considera capaz de modificar la naturaleza, la cultura y crear una sociedad nueva. En ese nuevo mundo no habrá patrones como naturaleza, sexo, familia y matrimonio. Conseguida la equiparación de todas las posibles uniones sexuales bajo el mismo epígrafe, el paso siguiente es lograr desterrar en el lenguaje, en el derecho y en la opinión pública términos *arcaicos*. Podría pensarse que esa labor de ingeniería social es una utopía, si no fuera por la fuerza que tienen grupos que la apoyan y la velocidad de los cambios que están provocando. No importa que la naturaleza señale unas pautas permanentes y comunes; piensan que con el tiempo se cambiarán los modos de pensar y se aceptarán como normales modificaciones genéticas que la medicina pondrá al alcance de los investigadores. ¿Dónde están los niños en esta nueva sociedad? Su generación será artificial y no habrá familias, por lo que serán organismos públicos quienes realicen esa labor. ¿Hasta dónde es ciencia-ficción lo que se plantea en estas líneas? No se puede responder a esa pregunta, pues no sabemos si ese proceso se llevará a cabo del todo; el futuro no está escrito, lo que tejemos a golpe de actos libres; es posible que nos demos cuenta que la ciencia sin orientaciones éticas puede volverse inhumana. Una cosa es cierta, que la capacidad de asimilar los cambios es modificable; con la presión adecuada la resistencia disminuye, especialmente si se pasa a considerar derechos cuestiones que antes sólo eran toleradas; negarse a atender un derecho de otro es motivo para que la ley actúe contra quienes no

los refrendan. Según evoluciones las cosas, algunos estilos de vida bastaría con discriminarlos o prohibirlos.

La historia no está escrita y la libertad del ser humano es real, lo que significa que esto planteado en los párrafos anteriores, pueden ser o no realizado según lo decidan quienes actúen. Sólo si se respeta la vida desde su concepción hasta la muerte natural, los seres humanos tendremos la seguridad de no ser *eliminados*; que la familia no es sustituible por ninguna otra institución, que no compensa una vida más cómoda si deja de respetar la dignidad de la persona, que no se puede estirar de la cuerda sin destrozar el concepto de ser humano; nada más lejos que pretender asustar con alarmismos al lector. Basta señalar que algunos pasos en la línea apuntada ya se han dado. En todo caso, no partimos de la ideología de género al dar pautas para educar al afectividad y sexualidad por considerar que no respeta la naturaleza humana y que cabe aplicar el aforismo que dice: “Dios perdona siempre, las personas a veces, la naturaleza nunca”. Pretender ser dueños de la naturaleza humana y modificarla a nuestro gusto conduce hacia pautas que afectan a los derechos humanos; entre ellos el de nacer en un hogar donde haya un padre y una madre. Por el camino anterior se podría llegar a definir la familia como lo hace un autor: “conjunto de seres con acceso al mismo frigorífico”. Todas las personas merecen respeto, también los que sustentan esta ideología, pero ese respeto no puede confundirse con una postura relativista en la que todo es válido. Las personas son dignas de respeto, pero las ideas se estudian, se valoran y se aceptan o no según sean acordes con la verdad, al bien y a la belleza.

IV
RASGOS DE LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Algunos adultos, en su juventud, recibieron una educación basada en la desconfianza hacia la vida afectiva. El ideal de algunos modelos educativos era un estoicismo, en el que para cumplir el deber había que ahogar los sentimientos. Ahora se ha producido un bandazo y vivimos en una época sentimental; hay un desbordamiento afectivo, especialmente en el ocio y en la vida personal. En muchos casos se da una ruptura de la personalidad, una cierta esquizofrenia: entre semana y en el trabajo se actúa con criterios racionalistas y de eficacia; durante el fin de semana y en la vida familiar, sólo con pautas emocionales.

Hay que considerar que los hijos reciben influencias para forjar su personalidad no sólo de padres y profesores, sino de compañeros y amigos, de medios de comunicación, en definitiva, son hijos de su tiempo. Por eso, al educarles hay que tener en cuenta el contexto; un rasgo desconcertante para los educadores actuales –padres y profesores– es lo poco previsible que resultan las cosas. Un niño puede hacer preguntas que no encajan en absoluto con los intereses propios de su edad. Lo que oyen, lo que ven –y a veces lo que hacen– se produce a una edad en la que su personalidad no está madura para que, en el mejor de los casos, puedan integrarlo de un modo armónico en su vida. Un niño, que espera con ilusión el día de Reyes o la celebración equivalente en su región, puede preguntar a sus padres qué es un preservativo: lo ha visto en una valla publicitaria, en un anuncio de televisión, o lo encuentra en un parque. Otros, ven programas de televisión en los que es común una falsa *fidelidad sentimental*: “no soy fiel ni a las personas ni a las ideas, soy fiel a mis sentimientos” y, si estos cambian, varía también la conducta.

Algunos padres se asustan si sus hijos preguntan de improviso: ¿qué es un gay?, o dicen que un compañero de clase tiene dos papás; piensan que tienen que afrontar una urgente explicación *del sexo*. Les puede ocurrir lo que se aprecia en un video-clip: un padre

camina con su hijo de ocho o nueve años por la calle y éste le pregunta: “papá, ¿qué es sexo? El padre se lleva las manos a la cabeza por lo inesperado de esa pregunta a su edad; en la siguiente imagen se ve al padre dando una larga explicación a su hijo, en la que sólo habla el padre; tras un largo rato, el hijo mira a su padre y le dice: “pero papá, todo eso que me has dicho no cabe aquí”, mientras le enseña un carné deportivo en el que aparece junto a sexo dos casillas, en las que marcar la X correspondiente en la casilla correspondiente a Varón o a Mujer.

Ni precipitarse ni ser ingenuo; no siempre hay que responder en el momento a sus preguntas; unas veces porque las hacen delante de hermanos o en situaciones no adecuadas; otras, porque debemos pensar las respuestas. Es posible responder con naturalidad algo parecido a: “mira, ahora no es ésta la mejor ocasión para explicártelo, pero luego sacamos un rato y te cuento”; o concretar cuándo tomar un refresco a solas, con el hijo o la hija, y abordar esa y otras preguntas que quieran hacer. No se trata de comprimir todo en una explicación, sino de avanzar una etapa en su formación, que irá precedida de otras preguntas y continuará en conversaciones posteriores. Es buen momento para explicarles que cada persona tiene derecho a que sean sus padres quienes les expliquen el origen de la vida y las consecuencias que tiene el carácter sexuado del ser humano. Por esa razón, no porque sea malo, es mejor que no sean ellos quienes expliquen a sus hermanos menores, o a otros compañeros, lo que ha sido tema de conversación con sus padres.

Un contexto, donde se habla mucho de sexo y poco de entrega, es el *humus* donde viven los jóvenes. Si los padres no se adelantan a la curiosidad natural que surge de los hijos o a las dudas derivadas de algo que han escuchado, los pilares de la educación sexual de sus hijos los pondrán otros: un programa de televisión, una conversación en el trayecto escolar, etc. Desde luego lo harán sin el cariño, cuidado y delicadeza con la que lo hacen los padres; educar la afectividad es parte de la educación de la personalidad y resulta ineludible en una sociedad donde se cuestionan realidades básicas. Al educarles hay que conjugar la base antropológica permanente con circunstancias coyunturales, propias de la época y lugar en la que vivimos; esto no cambia lo esencial, pero sí el énfasis en

algunos temas. Siempre con un enfoque positivo; lo importante es enseñar a amar mucho y bien y todos tenemos que aprender a lograrlo. Decía el escritor Jacinto Benavente que “el amor tiene que ir a la escuela”, porque es una asignatura de la vida que no terminamos nunca de aprender, si bien el lugar idóneo para aprenderla es la familia, no el colegio. Kierkergaard afirmaba: “¿A mí que más me da que uno sepa todo sobre el amor, si no está enamorado?”. El conocimiento no se quedara en curiosidad intelectual sino que será el medio adecuado para enseñar a amar mucho y bien.

V
QUÉ ES UNA VIDA LOGRADA

Una vida que no desarrolla las potencialidades de su naturaleza, es una vida que no alcanza su plenitud. Aunque no nos compete juzgar personas, parece obvio que hay unas vidas más fecundas que otras. Tenemos que descubrir el mejor modo de emplear la nuestra para no malgastarla; deseo que mi vida sea plena y para lograrlo debo saber cómo actuar; de las diversas opciones para gastar mi vida, escoger aquella que me permita realizar mejor el fin propio de la persona humana.

Se trata de formar la inteligencia y de corregir nuestras actuaciones prácticas, porque no basta con pensar bien; la virtud si no se practica no se posee; conjugar teoría y práctica es esencial para alcanzarla. La felicidad no es cuestión de azar; hay que aprender a ser felices, la felicidad no es un sentimiento pasajero, ni el resultado de una búsqueda; es fruto de una vida bien empleada. Una vida malgastada, rota, sin norte y sin esperanza, se convierte en simple supervivencia. No todo da lo igual: puedo emplear mi libertad bien o mal, puedo ayudar a otros o perjudicarles; no soy un verso suelto; cómo gaste la vida yo influye, para bien o mal, en los demás y se emplea bien con actos voluntarios en la dirección correcta.

¿Qué lugar ocupa el placer en la búsqueda de la felicidad? El placer por si sólo no da la felicidad, aunque la acompaña en ocasiones. La moral no nos obliga a dejar de disfrutar en la vida, pero sí nos pide que nuestro disfrute sea ordenado. La felicidad se alcanza empleando la vida, con generosidad, al servicio de los demás. No es lícito buscar el placer a cualquier precio; dice Rodríguez Luño: “La función sapiencial de la inteligencia mira, en cambio, a entender el significado del mundo y el sentido de la vida humana. Acuña conceptos no con la finalidad de dominar, sino de alcanzar las verdades y las concepciones del mundo que puedan dar respuesta cumplida a la pregunta por el sentido de nuestra existencia, respuesta que a la larga nos resulta tan necesaria como

el pan y el agua. La sistemática huida o evasión del plano de la verdad, que hemos llamado mentalidad relativista, comporta un desequilibrio de estas dos funciones de la inteligencia, y de las tendencias que les están ligadas. El predominio de la función técnica significa el predominio en el ámbito personal y cultural de los impulsos hacia los valores vitales (el placer, el bienestar, el poseer, la ausencia de sacrificio), a través de los cuales se afirma y se expande el yo individual. La depresión de la función sapiencial de la inteligencia comporta la inhibición de las tendencias transitivas, es decir, de las tendencias sociales y altruistas, y sobre todo un empequeñecimiento de la capacidad de auto-trascendencia, por lo que la persona se queda encerrada en los límites del individualismo egoísta. En términos más sencillos: el afán de tener, de triunfar, de subir, de descansar y divertirse, de llevar una vida fácil y placentera, prevalece con mucho sobre el deseo de saber, de reflexionar, de dar un sentido a lo que se hace, de ayudar a los demás con el propio trabajo, de trascender el reducido ámbito de nuestros intereses vitales inmediatos".

Resulta evidente que un niño de Primaria no se plantea estas cuestiones, pero sí lo deben hacer sus padres; según la educación recibida y la fortaleza de su voluntad podrá hacer un uso responsable de su libertad y forjarse en esa auto-tarea ayudada que es la educación. Es tarea del educador, ayudar a pensar a los niños; muchos educadores se quejan de la falta de reflexión en los niños: contestan lo primero que les viene a la cabeza; quizá la impulsividad de su edad no les ayuda a pensar con calma, pero eso no significa que no siempre ignoren lo que hacen o dicen; lo refleja bien lo que contaba un entrenador que le sucedió con un niño de ocho o nueve años. Estando en un vestuario deportivo el niño comenzó a pasearse desnudo, haciendo payasadas. El cuidador de las instalaciones se lo comentó al entrenador y éste aprovecho un momento idóneo y, a solas, le preguntó por lo sucedido; primero le explicó que se había enterado por un empleado que atendía las instalaciones, pero que la intención de esa persona no era que le castigaran sino que le enseñaran. A continuación vino el siguiente diálogo:

—¿Sabías que está mal lo que has hecho?

—Sí, contestó el muchacho.

—Si lo sabías, ¿qué te ha llevado a hacerlo?

—No me he parado a pensar.

Ahora viene la parte que pudiera parecer excesiva, pero que en un contexto de confianza y con las circunstancias que veremos no lo es.

—Mira, yo ahora te podía decir, “no lo hagas más veces” y olvidarlo. Pero quiero que aprendas que hay que afrontar las consecuencias de lo que uno hace. Por eso, esta tarde se lo cuentas a papá o a mamá. Si no lo hicieras tú, se lo tendría que decir yo.

—No, no, por favor.

—Sí; lo vas a hacer. Pero les vas a decir que no hace falta que te expliquen que está mal lo que has hecho, pues ya te has dado cuenta; que no te riñan, pues ya lo vas a pasar mal al contárselo. Si en el siguiente entrenamiento no me dices que ya lo has hecho, se lo diré yo.

El día del entrenamiento posterior, la madre del niño pidió ver al entrenador; le dijo que cuando fue a recoger su hijo éste se lo contó y le dijo lo que el entrenador le había dicho. La madre siguió las indicaciones y no le riñó, pero añadió: “esta noche se lo cuentas a tu padre”.

—Ah, no, contestó el niño. Me ha dicho que se lo diga a papá o a mamá. Yo ya te lo he contado a ti; ya he cumplido mi parte.

Se ve que con ocho años, ese niño era capaz de saber cómo actuar.

Enseñar a usar bien de la libertad y asumir la responsabilidad de las decisiones forma parte de la tarea educativa; poco a poco, cada vez hay que decir menos lo que hay que hacer y aprender a formular las preguntas adecuadas para sea el hijo quien llegue a las conclusiones.

Forjar un carácter es una meta, enseñar a hacer el bien, fomentar la generosidad, son rasgos que forman parte de una vida lograda, que todos asimilamos a conceptos como ser felices, amar, ser útiles a la sociedad, etc. Los caminos son particulares para cada uno; no todos siguen los mismos pasos, pero hay principios básicos

irrenunciables; entre ellos está que la persona es un fin en sí misma y que ataca a su dignidad el usarla para el propio provecho o deleite; otro principio básico es que el fin no justifica los medios. Este segundo postulado cuesta más vivir en una sociedad que se rige por criterios emocionales. Vemos en los medios de comunicación, casos de asesinatos llevados a cabo por una *actitud de compasión* de una tercera persona, fundada sobre una base subjetiva, que no respeta la dignidad real de las personas. No es el momento de abordar esta cuestión, pero cuando una persona dice que no quiere vivir, puede estar enferma y pretender transmitir que no quiere vivir *así,* de ahí la importancia del acompañamiento, de los verdaderos cuidados paliativos, del tratamiento del dolor. Éste es inevitable en la vida, pero se puede aliviar. Se trata de ayudar a vivir y a morir de forma coherente con la dignidad humana.

VI
DELIMITAR TÉRMINOS: ¿QUÉ ES LA AFECTIVIDAD?

Definir la afectividad no es fácil; aparentemente todos sabemos a qué nos referimos al usar ese término, pero lo dotamos de una holgura que permite un uso variado. No en vano se han escrito libros como *El laberinto de la afectividad*, de Enrique Rojas *o El diccionario de los sentimientos* de Marina.

La filosofía de la educación lleva siglos tratando de definir su función; una pista fiable es buscar si contribuye a la educación para el amor. Lewis, en un libro clarividente, *Los cuatro amores*, explica las modalidades propias de cada tipo de amor y sus diferencias en las manifestaciones externas. Muchos autores coinciden en señalar que un objetivo fundamental de la educación es lograr la armonía entre la inteligencia, la voluntad y la afectividad para que cada una ocupe el lugar preciso en el desarrollo de la personalidad. Por desgracia, algunos adultos al huir del voluntarismo en el que fueron educados se dejaron llevar por el sentimentalismo, con consecuencias desafortunadas, como romper matrimonios al identificar amor y sentimiento. Es cierto que muchas veces guardan relación, pero ni es necesaria ni siempre se da. Una madre que se levanta a media noche para atender a un hijo enfermo lo hace por amor, pero quizá no sonríe en ese momento.

Leonardo Polo en su libro *¿Quién es el hombre?* explica las causas de la evolución desde el racionalismo al sentimentalismo y sus consecuencias antropológicas.

Armonía entre inteligencia, voluntad y afectividad no significa distribuir en parcelas la actuación de cada potencia y capacidad: exagerando, se podría resumir así: en el trabajo, a la búsqueda de éxito, moverse con patrones racionalistas; en el cuidado del cuerpo aplicar un férreo voluntarismo asistiendo al gimnasio, etc., y en la vida familiar y de ocio guiarse por el sentimentalismo; esta fragmentación rompe la unidad interna de la persona. Ésta actúa toda ella en cada acto, si bien aplica de diverso modo y medida

cada una de sus potencialidades. Por eso, es decisivo aprender a amar –que es la vocación definitiva de la persona– con la inteligencia, con la voluntad y con la afectividad.

El que se sustituya la fidelidad a las personas y a los compromisos por la fidelidad a los sentimientos, cambiantes de por sí, se apoya en una base frágil y quebradiza. Es frecuente oír, como motivo de problemas matrimoniales, frases como: *ya no siento nada hacia él o ella.* Si desaparece el sentimiento, desaparece el compromiso, piensan esas personas. La afectividad es positiva si está gobernada por la recta razón. Educar la afectividad supone encontrar su sitio en el desarrollo personal: ayudarnos a amar mucho y bien. Los sentimientos no son racionales, pero se pueden gobernar con ayuda de la razón... Platón los compara a un gato al que hay que domesticar, aunque siempre se corra el riesgo de que te pueda arañar.

La necesidad de educar los sentimientos se deriva de su raíz cambiante, especialmente en las personas más sensibles. Si uno se deja llevar exclusivamente por los sentimientos, pierde protagonismo la voluntad y olvida las razones del actuar; el cómo nos sintamos no puede ser el principal criterio de conducta. Si no damos el papel que corresponde a la inteligencia y a la voluntad y nos dejamos arrastrar por las sensaciones, daremos paso al relativismo moral.

La razón tiene como misión buscar la verdad y la voluntad nos facilita ponerla en práctica, o adecuar nuestra actuación a lo verdadero. Obramos guiados por la razón pero poniendo el corazón al actuar. Si desaparece el sentido del bien y del mal, todo queda reducido al subjetivo campo de las intenciones o de las interpretaciones personales. Lo único tangible que quedaría es lo que sienta en cada momento.

De esa armonía comentada líneas antes se ocuparon los clásicos. Escribieron mucho y bien sobre esta materia, pero no lograron evitar que el mundo romano se precipitara en el hedonismo. Individualmente algunos logran una excelencia humana por un camino laborioso y difícil; una buena parte se rinde antes de alcanzar la excelencia; muchos, para vivir de un modo acorde a la dignidad humana, acudimos a la ayuda de Dios. De modo similar a

como el ave tiene dos alas para volar, la persona para mejorar y llevar una vida recta, tiene dos recursos fundamentales: la razón y la ayuda de Dios. En la vida diaria, se traduce por el esfuerzo por cuidar las virtudes asequibles mediante el esfuerzo y la ayuda de Dios, que nos llega por cauces diversos.

Vamos a precisar más el ámbito de la afectividad y a conocerla mejor. Con el nombre de afectividad designamos rasgos de naturaleza subjetiva, que engloban emociones, sentimientos y pasiones. Los sentimientos pueden ser superficiales, como el rubor; o profundos, como el cariño en un matrimonio acrisolado por años de fidelidad y entrega.

Los sentimientos son importantes pues intensifican las tendencias; dan colorido a la vida. Pero si se les deja dirigir la conducta, tomándolos como fuente de referencia, nos llevan a buscarlos como fin en sí mismos; ésa pauta orienta al sentimentalismo y algunos pretenden que guíe al amor.

Tan equivocado está quien hace depender la vida del sentimiento como quien lo rechaza frontalmente; las emociones nos debe afectar en la medida justa; inhumano es quien no se conmueve ante el fallecimiento de un ser querido, pero le falta armonía interior a quien hace un drama por temas que no tienen consistencia.

Interpretar bien la afectividad es importante para darle la forma adecuada y corregir sus desviaciones... Hemos de integrar la vida emocional en nuestra personalidad, de forma que no sea ni su columna vertebral ni un peso muerto; deberá tener el protagonismo adecuado al caso. Esa capacidad afectiva en las relaciones sociales se llama *Inteligencia emocional*, que da nombre al libro de Goleman sobre el tema. Es obvio que unas personas tienen una excelente capacidad de relación mientras que otras no. ¿Se puede educar esa capacidad, decisiva en el trabajo, la familia y las relaciones sociales? ¿Por qué unas personas generan simpatía y otras no? ¿Es posible modificar la baja autoestima que tienen algunas personas? En caso afirmativo, ¿cómo se puede construir una base sólida sobre la que edificar esa capacidad? En el libro de Esparza, *Amor y autoestima*, el autor ayuda a poner su fundamento en algo sólido y supone una ayuda real para resolver los problemas, en

lugar de disfrazarlos. Sabe ir al fondo de los problemas y ofrece recursos que no son superficiales.

El interés de las personas por estos temas se refleja en la difusión de los llamados libros de autoayuda; algunos de ellos pretenden solucionar con aspirinas enfermedades con causas más profundas. Las consultas de los psiquiatras están llenas de personas con problemas afectivos. Es evidente que los psiquiatras pueden hacer mucho por ayudar a estas personas; pero algunas cuestiones no las pueden resolver esos profesionales. Dice Robert Coles, psiquiatra norteamericano, en *La inteligencia moral del niño y del adolescente*, que muchos errores de comportamiento se deben a una falta de educación moral de la juventud, no a desequilibrios psíquicos. Además de conocimientos médicos, es conveniente que el psiquiatra tenga buena formación antropológica y ética pues su trabajo roza la delicada franja entre lo psíquico y lo espiritual. No dar a los jóvenes la formación ética que necesitan es dejarlos sin recursos morales ante situaciones complejas. Buscar solucionar con *campañas* erróneas de fondo es errar en la educación de la juventud.

Un objetivo de la educación afectiva es integrarla bien en nuestra personalidad y lograr un dominio de sí que nos permita poseernos para darnos. Ese dominio de sí viene respaldado por dos virtudes que están en la base educativa: la templanza y la fortaleza.

De toda la gama de factores que entran dentro de la afectividad, nos limitaremos a los que confluyen en la capacidad de amar y de manifestar del modo adecuado los afectos, según las circunstancias personales de cada uno.

VII
LA NECESIDAD DE AMAR

Tendemos a establecer una relación entre afectividad y amor y efectivamente la hay, si bien tiene más relación con la voluntad. Lo ilustra bien el siguiente relato real: “Un esposo fue a visitar a un amigo y le dijo que ya no quería a su esposa y que pensaba separarse. El amigo le escuchó, le miró y le dijo: ‘Ámala’. No añadió nada más. ‘Pero es que ya no siento nada por ella’ contestó el otro. ‘Ámala’, repuso el amigo. Y ante el desconcierto del visitante, el amigo añadió: ‘Amar es una decisión, no un sentimiento; amar es dedicación y entrega. Amar es un verbo y el fruto de esa acción es el amor. El amor es un ejercicio de jardinería: arranca lo que hace daño, prepara el terreno, siembra, ten paciencia y riega. Habrá plagas, sequías o excesos de lluvia, pero no abandones el jardín’”. En el matrimonio, el compromiso adquirido supone entregar el propio futuro, de forma que garantiza la estabilidad matrimonial y la seguridad de los hijos si los hay.

El relato anterior ayuda a comprender cómo el amor impulsa a buscar el bien de la persona amada; sin una conducta acertada es imposible vivir bien el amor, que requiere la practica de virtudes y conduce a la felicidad, premio de esa entrega. La felicidad es resultado del enfoque vital; no se alcanza directamente; es fruto de la entrega acertada y generosa. Nos jugamos mucho en esta labor; sería una pena llegar a la conclusión de Borges, cuando afirmó que había fracasado en lo esencial en su vida: no había sido feliz. No sólo Borges sino muchas personas pueden afirmar lo mismo; de ahí que sea esencial aprender a amar mucho y bien; es un reto clave en nuestra vida. Labor de padres y educadores es mostrar a los jóvenes caminos que lleven a lograrlo, evitando, en la medida de lo posible, las trampas en las que caemos al buscar el amor. Confundir el amor con el placer es una de las más burdas, pero frecuente; el placer no es malo en sí, pero debe estar subordinado a bienes más altos; tampoco es malo siempre el dolor, aunque cuesta entenderlo. Explica Llano la importancia de saber sufrir, cuando toca; aprender que el dolor no es algo ciego y sin sentido, sino que el dolor purifica

el amor; de hecho, es imposible que, en la tierra, el amor y el dolor no sean las dos caras de una misma moneda. Lo dice la canción popular: “Quién no quiera sufrir dolores pase la vida libre de amores”. Como es obvio, no nos referimos aquí al dolor producido por la crueldad humana o al que es evitable con la generosidad de los demás.

El antónimo del amor no es el dolor sino el egoísmo. Dice un autor cuyo nombre no he logrado encontrar que: “El amor auténtico, el amor ideal, el amor del alma, es el que sólo desea la felicidad de la persona amada sin exigirle en pago nuestra propia felicidad”. Si fuera el placer quién llevara las riendas de nuestra vida, la afectividad se reduciría a la sensualidad.

SE PUEDE APRENDER A AMAR

No nacemos sabiendo amar, aunque en la infancia tengamos una gran riqueza afectiva. Puede ser ilustrativo lo que le ocurrió a un profesor: un día, se le acercó un alumno de seis años y le dijo: “esta noche se ha muerto mi abuelo”. Estará en el cielo le contestó el adulto. Ahí comenzaron una serie de preguntas del niño: “¿En el cielo hay comida?”; “no, le contestó el profesor, en el cielo no hace falta comer para vivir”. Y “¿hay casas?” continuó el niño; “tampoco, en el cielo no hace frío ni llueve”, recibió como respuesta. Y “¿se cumplen años?”, siguió preguntando. “En el cielo no se cumplen años, respondió el adulto pues no existe el tiempo”. Poco a poco, el niño se acercó al núcleo de lo que más le preocupaba: “¿Se morirán mis padres un día?”. “Sí, pero dentro de muchos años”, fue la respuesta. “Pues un vecino nuestro se murió con cuarenta”, contestó el alumno. Al final, salió a la luz una pregunta que le angustiaba: “¿si se mueren mis padres quien me cuidará?”. En la preocupación latente de sus preguntas estaba, entre otras, el afán de supervivencia. Los bebés no saben amar si no se les enseña; responden al cariño que les damos los adultos, y lo necesitan, pero ellos se mueven en un mundo más básico; su amor tiene mucho de *amor de necesidad*. Sólo tras un lento aprendizaje su amor crecerá en calidad, pero se trata de aprender a darse a la persona adecuada y del modo acertado; no es lo mismo el amor a una madre que a la

esposa; ambos son amores pero sus manifestaciones son distintas; equivocarse en al manifestar el amor de amistad lleva a conductas erróneas; no hay que dar por hecho que todos sepan eso de partida.

Nos puede ayudar a comprender las limitaciones de algunas personas lo que le sucedió a un conferenciante en un colegio. Venía de una ciudad lejana y llegó a mediodía; el director del colegio le pidió que diera una charla a un grupo de adolescentes que habían terminado los exámenes y al día siguiente salían de viaje de estudios; el conferenciante pensó que lo más oportuno era contarles anécdotas... Relató, entre otras, la siguiente: “Edith Zirer es judía y en 1995, cuando contaba este relato, tenía 66 años. En 1945 fue liberada por los soldados rusos después de pasar tres años en campos de concentración y haber perdido a su familia. Dos días después llegó a una pequeña estación ferroviaria. “Me eché en un rincón de una gran sala donde había docenas de prófugos. Wojtyla me vio. Vino con una gran taza de té, la primera taza caliente que probaba en unas semanas. Después me trajo un bocadillo de queso. No quería comer, pero me forzó levemente a hacerlo. Luego me dijo que tenía que caminar para poder subir al tren. Lo intenté, pero caí al suelo. Entonces me tomó en sus brazos y me llevó durante mucho tiempo, kilómetros, a cuestas, mientras caía la nieve. Recuerdo su chaqueta marrón y su voz tranquila que me contaba la muerte de sus padres, de su hermano, y me decía que él también sufría, pero que era necesario no dejarse vencer por el dolor y combatir para vivir con esperanza. Su nombre se me quedó grabado para siempre: Karol Wojtyla”. Cuando terminó de contar la anécdota les dijo que Karol Wojtyla era el nombre de Juan Pablo II. Una chica le interpeló: “¿Por qué hizo eso el Papa?”. Ante la respuesta de que lo hizo movido por el tratar de ayudar, la joven contestó: “Si no ganaba nada con ello, ¿por qué se metía en líos?”. Cabría preguntarse por el tipo de educación que había recibido esta chica o el ambiente en el que se desenvolvía. Es precisa una educación en la generosidad que nos permita ver en las demás personas dignas de respeto y ayuda. Si nos conducimos movidos por el egoísmo, buscando nuestro provecho, aunque sea a costa de atentar contra los derechos de otros, será difícil que aprendamos a amar mucho y bien. Un chico pequeño que trata mal a sus compañeros, que abusa

de su superioridad física o verbal, no es de extrañar que cuando crezca utilice a las personas para buscar placer. Esa chica del relato anterior, si llegó a pensar así, posiblemente fue porque en su educación hubo carencias graves.

Después de años de educación podemos llegar a cualquiera de las situaciones que relató un docente: “Hace meses me llamó la madre de un alumno. Tengo amistad con la familia y pensaron que les podía ayudar. Su hijo de 17 años estaba triste pues la chica con la que salía lo acababa de dejar; la madre me pedía que aconsejara al hijo. Quedé con él un sábado por la tarde y charlamos despacio. Me contó básicamente lo que ya su madre había dicho por teléfono. Mi duda estaba entre animarle a luchar por recuperarla o ayudarle a cerrar la herida. Le solicité permiso para hacerle algunas preguntas y me dijo que sí. Me comentó que había tenido frecuentes relaciones sexuales con ella. A mi pregunta sobre lo que más les unía, respondió: “lo que pensamos sobre el terrorismo”.

No me asombro fácilmente, pero no dejó de llamarme la atención: llegar a la donación más plena que se puede dar entre un hombre y una mujer, cuando lo que más les unía es lo que une a millones de personas en el mundo. Lo que le aconsejé sobre sus relaciones con esa chica resulta evidente; unos meses después, siguió el profesor, me encontré con otro caso diferente. Otro joven, de la edad del anterior, iba a la escuela de idiomas al terminar la jornada escolar. Un día, una profesora les pidió que hicieran una redacción sobre el amor; al día siguiente, cada uno leyó en voz alta lo escrito; su redacción había sido romántica, pero sincera. Lo que no se esperaba es que en los días siguientes varias compañeras le pidieron salir juntos; ofrecía un amor de calidad, sin peajes, y eso atrae a quien no tiene la capacidad de amar abotargada”.

PONER ORDEN EN LA CABEZA Y EL CORAZÓN

En su libro *Humanismo II, Tareas del espíritu*, Juan Luis Lorda hace comentarios que, sin afán exhaustivo, vale la pena repasar; para quien desee conocer más a fondo sus ideas, reseñamos el libro en la bibliografía final. Aquí nos limitaremos a reflejar las ideas que nos han llamado más la atención. Lorda afirma que “El corazón

es mucho más difícil de entender que la mente" y que "hay muchos estratos de inclinaciones que van desde lo más instintivo hasta lo más espiritual, y, en cada estrato, muchos grados de intensidad". Señala después que el ejercicio de la libertad requiere una cabeza clara y un corazón ordenado; cada un tiene que aprender a conquistar su espacio interior y saber que la imaginación tiene sus cualidades, pero también riesgos y "hasta que no esta sujeta, nubla la inteligencia y descontrola los sentimientos". De ahí que afirme que "para madurar es necesario que la inteligencia domine. Y eso sólo se logra controlando la imaginación. Hay cuatro actividades que ayudan a la madurez, Porque ordenan la interioridad y son: el conocimiento propio; el dominio de la afectividad; el control de la actividad; y la reflexión".

Hace comentarios valiosos para el educador; define la educación como el arte de desarrollar a las personas y que "el principio más importante de la educación es que no se enseña, sino que se aprende (...) La función del educador consiste en desencadenar el proceso interior de crecimiento (...) Un corazón grande necesita: grandes amores, orden entre los amores y discernimiento de juicio. Continúa diciendo, "poner orden en los amores es poner orden en la conducta. Y el mayor es el de deslindar lo que apetece de lo que se debe. Para esto hace falta vencerse. Esto es la disciplina personal o autodominio, y es el objetivo de la formación de carácter". No se pude llegar a la cima de cualquier modo; se necesitan guías expertos. Se trata de facilitar a los padres que, con la fuerza que les da el cariño, se involucren para ayudar a sus hijos. No es necesario ser experto en pedagogía para educar a los hijos; basta tener una buena formación, quererlos y estar dispuesto a sufrir cuando lo cómodo es decir sí, pero uno sabe que debe decir *No*.

VIII
FELICIDAD Y NORMAS MORALES

Con Kant se produjo una ruptura entre la dimensión afectiva y la moral. Es erróneo plantear incompatibilidades entre las normas morales y el ansia de felicidad. Las normas éticas no sólo no son un obstáculo para la felicidad, sino caminos hacia una vida plena. La ética facilita alcanzar una vida virtuosa y plena; no es una cadena, sino una escalera que permite llegar más alto. Así, se entiende la afirmación de Teresa de Calcuta: “El amor para ser auténtico debe costarnos”. Para que cada individuo no tenga que buscar en solitario el modo de alcanzar estas metas, la sociedad debe facilitar medios para desarrollar una vida buena: la educación y la ley; se ve que estamos lejos de esa situación. Las leyes tienen valor normativo y, si son justas, ayudan a lograr la excelencia; sólo si se pierde el sentido de la dignidad de la persona, la ley se puede volver inicua, perdiendo su razón de ser. Mediante la educación ayudamos a los jóvenes a que comprendan que la vida lograda requiere una conducta buena; con argumentos y ejemplos, explicaremos cómo sí es posible alcanzar el dominio personal que requiere una vida virtuosa.

La moral, el arte de vivir es el título de un libro de Juan Luis Lorda; dedica su contenido a explicar el sentido positivo de la moral. Las personas del siglo XXI aspiramos profundamente a ser felices; debemos incorporar a nuestra cabeza y corazón que el mejor camino es poner más empeño en crecer en *el ser* que en *el tener;* así será posible construir la civilización del amor, que tanto atractivo tiene.

LA TAREA EDUCATIVA

No existe un sistema que solucione todos los retos educativos; no hay un plan de formación para afrontar los problemas educativos y lograr asegurar la excelencia. Al ser libres las personas, los resultados no se pueden predecir como si fuéramos una materia inerme de la para lograr una buena escultura es suficiente con

dominar la técnica de tallar y tener claro el modelo a alcanzar. Cada persona es una joya, una obra de arte única que se auto-construye, o destruye, a golpe de libertad. La educación es auto-tarea ayudada; educar a una persona consiste en buena parte en formar bien su carácter, afirma Llano; y añade que: “El logro de la libertad emocional –la integración positiva de sentimientos y pasiones con la recta comprensión del mundo y de uno mismo– es el objetivo de toda educación del carácter”.

La educación se mueve en la delicada frontera entre temperamento y carácter. Muchas veces no podremos cambiar lo que sentimos, pero sí la respuesta ante lo que sentimos. En la educación afectiva esa labor requiere una actitud especialmente inteligente, sabiendo que, en ocasiones no se logra cambiar un sentimiento si no se cambia el paradigma que lo provoca. Hay personas con fama de distantes, frías, engreídas; en algunos casos, es una simple coraza para defenderse de su timidez. Lo acertado es actuar con normalidad en el trato con esas personas, sabiendo que no tienen problemas con nosotros, sino con su carácter. Para acertar, hay que valorar con prudencia cada caso.

Labor del educador es facilitar ambientes fértiles, con personalidades maduras, donde se cultive el trato con personas que cultivan la belleza, la bondad y buscan la verdad. Esos ejemplos los podemos encontrar en el cine, en la literatura y en la propia vida. No se trata de ser prefectos; sino de esforzarse por mejorar y pedir perdón si nos equivocamos. Todas las madres han procurado que sus hijos se rodeen de buenas amistades, pues saben el efecto, positivo o negativo, que los amigos tienen sobre cada uno de nosotros. Cuando en la infancia hay una diferencia de edad, formación, ambiente cultural, etc., hay que estar más pendientes para apreciar las posibles influencias recibidas. Padres y profesores debemos fomentar la afinidad con el bien; lo cercano, el roce diario fruto de la amistad con personas valiosas, enriquece más que una biblioteca de biografías selectas. El carácter no se mejora por medio de charlas sino con actos; no basta saber cómo se deben hacer las cosas sino que hay que hacerlas bien. Hacer amable lo bueno, predisponer al bien es necesario pero no suficiente. Con estas ideas es fácil entender el valor del ejemplo de padres y profesores.

¿Cómo se educa el carácter? Para Llano se da la siguiente relación entre el carácter y la virtud: “El carácter viene a ser el perfil operativo que las virtudes me confieren” y “la virtud es la realización de esas potencialidades características de la manera humana de existir y de comportarse”. El sentido original de virtud es *excelencia,* que: “es la fuerza vital que lleva a exigirse con esfuerzo y a superarse con esperanza”.

Cada ser se orienta hacia las acciones propias de su naturaleza y lo que incorpora contribuye a configurar su personalidad. La persona hace propios hábitos, que estarán más arraigados cuanto mayor y profunda sea la motivación que los impulsa. Atribuir los hábitos a la repetición es equívoco; si bien es precisa la repetición, es más importante el motivo que nos lleva a realizar la acción una y otra vez. Un ejemplo ayudará a comprender esta idea; si un matrimonio tiene como norma que en su casa no se ven algunos programas de televisión, si un día faltan de casa a la hora que emiten uno de ellos y sus hijos se apresuran a encender la televisión para verlo, el nivel de interiorización de la norma es nulo y su impacto educativo no es real. El hábito adquirido se adapta a nuevas situaciones y, al aumentar su madurez personal, el educando aplica con soltura y facilidad los principios generales a casos particulares. Educar no es llenar de casuística la vida, sino ayudar a que el sentido profundo que está detrás impregne la personalidad. Sólo quien integra armónicamente sus cualidades alcanza un amor de calidad. Como el niño y el pre-adolescente está en proceso de maduración y de formación, necesita ayuda externa para ordenar bien su afectividad e integrar la dimensión sexual en su personalidad. Lograr la identidad sexual y dominar los naturales impulsos que la pasión provoca puede resultar arduo, pero ayuda a formar un carácter bien forjado.

Dice García-Morato: “La madurez personal tiene mucho que ver con el modo como integramos esta dimensión –la afectiva– en nuestras acciones de cada día”. Esa auto-posesión se realiza mediante hábitos, especialmente las dos grandes virtudes que están en la base de la justicia y de la prudencia: la templanza y la fortaleza. Parte de la tarea educativa es ayudar a conseguir, mediante el desarrollo de hábitos el necesario autocontrol y la

fortaleza que se necesitan para acometer empresas valiosas o para resistir por motivos nobles.

Es conocido el experimento que se realizó en Estados Unidos: se reunió a un grupo de niños pequeños en un aula y se les dijo que podían tomar un caramelo en el momento, o tomar dos si esperaban a que volviera su profesora; ella salió del aula a continuación. Con cristales especiales, se podía ver sin ser visto; así apreciaron lo que ocurría dentro durante la ausencia de la profesora; algunos niños tomaron rápidamente el caramelo al que tenían derecho. Otros, para resistir hasta el regreso de su maestra, recurrían a mirar en otra dirección para no ver los caramelos, a sujetarse las manos... Se hizo un seguimiento de esos alumnos durante bastantes años. Al llegar a la adolescencia, los que habían sabido esperar de niños, tenían ahora mejores resultados académicos, eran menos ansiosos, etc.

IX
PERSONALIDAD Y AFECTIVIDAD

Inteligencia, voluntad y afectividad forman un trébol. No es razonable separarlas artificialmente en áreas, del 33% cada una. La tarea educativa consiste en ayudar a forjar la personalidad integrando de manera orgánica las potencialidades de cada persona. La vida humana debe estar regida por la inteligencia, impulsada por la voluntad y poniendo el corazón en lo que hacemos. Pero el dominio de la inteligencia no es despótico sino armónico. Quizá nunca logremos una razonable armonía en nuestra vida. Todos partimos de un bagaje físico, psíquico y espiritual distinto y debemos alcanzar un estilo propio y personal; hay realidades de nuestra vida pasada que no podemos suprimir, pero sí integrar en nuestra vida. El conocimiento propio, y saber lo que nos cuesta vencer en nuestros puntos débiles, nos debe llevar a ser comprensivos con las carencias del resto. Al educar a otros partimos del respeto a su personalidad, sin pretender hacer copias cómo nos hubiera gustado que fueran; el educador sugiere puntos de mejora, enseña, impulsa, anima y corrige con fortaleza cuando es preciso; sólo desde el respeto a la libertad se entiende la verdadera educación. Parte de la labor es ayudarles a que los afectos ocupen el lugar debidos en sus vidas: sin atrofias ni hipertrofias. Los sentimientos no son plenamente voluntarios, no poseemos un dominio total sobre ellos, pero podemos modularlos y adquirir nuestro propio estilo de educación sentimental. No es razonable una ruptura entre el deber y los afectos, como si fuera la única alternativa posible el cumplir el deber ahogando los afectos o al revés; esa ruptura entre el deber y la felicidad es una trampa de la sociedad actual. Eso no significa que, en ocasiones, el cumplimiento del deber sea doloroso; pretender que esa armonía sea idílica es olvidar que la naturaleza humana es débil; no siempre hacemos el bien que queremos. Los cristianos sabemos que esa debilidad y fragilidad humana proceden del pecado original y la incidencia de los pecados personales. Los agnósticos, si no niegan la realidad, tendrán que encontrar otras explicaciones. Los cristianos sabemos

que existe la gracia, esa ayuda que Dios da a cada persona; en algunos trances difíciles, esa ayuda será más intensa.

En esa labor de auto-educación debemos saber qué es posible y qué no. El cómo nos afectan los sucesos depende del temperamento. El cómo reaccionamos depende del carácter. El componente físico y psíquico forma parte de nuestro ser. Las personas tenemos cuerpo y alma y no podemos olvidar ninguna de ambas realidades. En el libro de María Gudin, *Cerebro y afectividad,* se refleja bien cómo nos condiciona la parte somática de nuestra naturaleza. Sólo mediante un lento y laborioso proceso de esfuerzo podemos modular esas reacciones naturales que sentimos.

¿Cuánto hay de voluntario o de involuntario en los sentimientos? Es difícil responder con precisión. No podemos suprimir nuestros modos de sentir, pero si podemos actuar sobre el modo de reaccionar; un vez más volvemos al dominio político que sugiere Aristóteles. Si nos dejamos llevar del egoísmo y entramos en situaciones de alto riesgo, la sensualidad nos arrastrará con la fuerza que tienen las pasiones; la condición sexuada impregna nuestra personalidad y hemos de darle el peso preciso que debe tener. Lewis en *Los cuatro amores* explica las manifestaciones adecuadas a cada tipo de amor. El amor entre personas de distinto sexo puede ir acompañado de la atracción sexual. La madurez personal se muestra al no dar pie a afectos que pongan en riesgo compromisos contraídos y a comportarnos de forma acorde con lo verdadero y lo bueno.

IMPULSOS Y EMOCIONES, ¿DOMINARLOS O EXPRESARLOS?

Hay una notable confusión en el uso de términos del ámbito emocional. Es preciso saber qué se quiere decir en cada momento al usar las palabras. La expresión “educar los sentimientos” es equívoca y se presta a confusión; el componente emocional no se educa igual que la voluntad, ni ésta como la intelectual. La persona de siete años llega a esa edad con una educación emocional que le condiciona; no hay más que ver cómo en una misma clase, algunos alumnos saben controlar sus impulsos y otros no. Algunos necesitan pautas educativas básicas y otros están en una zona de

perfeccionismo, que pone en peligro su estabilidad emocional si fracasan o dejan de tener todo bajo control. A unos hay que ayudarles a controlar sus manifestaciones emocionales y a otros animarles a ser más naturales y espontáneos, a saber que lo más importante no es evitar caerse, sino levantarse siempre.

Estamos en una edad excelente para la educación emocional. La madurez intelectual a la que llegan los niños en torno a los siete años, les permite alcanzar nuevas metas de comprensión y razonamiento. A esa edad, casi todos saben decir si se sienten alegres o tristes; menos saben explicar las causas de fondo de su estado de ánimo. Hay reglas generales que nos pueden ayudar; una es la proporcionalidad. Que un niño o niña de siete años llore si se da un golpe fuerte entra dentro de lo normal. Que organice una pataleta porque no quiere comer, requiere educación; que ante la caja del supermercado se tire al suelo para conseguir que su madre le compre golosinas de las que hay en la zona de caja, requiere una urgente educación; de la madre y del hijo o hija. Otra regla es la adecuación; llorar por la muerte de un ser querido es lógico y hasta deseable; llorar porque se le ha roto un juguete, depende de la edad; llorar por perder en un juego con sus padres o hermanos, requiere enseñarle que unas veces se gana y otras se pierde. Si nos encontramos en ese proceso entre los seis y los ocho años, estamos en la edad para hacerlo; lo absurdo sería tener que dejarle ganar a los once años por temor a su reacción.

Normalmente con el paso de los siete a los doce años, el niño aprende a expresar mejor sus sentimientos. El adulto le puede ayudar facilitándole el vocabulario adecuado para expresar lo que siente. A los ocho años es normal que el niño se sienta impotente porque, en ocasiones, no encuentra las palabras adecuadas para expresar lo que siente. Con ayuda, puede llegar a saber no sólo decir lo que siente sino a conocer el origen de ese sentimiento. Que un niño/a de seis años llore ante una dificultad entra dentro de lo ordinario. A partir de los ocho años, con el progresivo aprendizaje anterior, debe saber resolver los pequeños conflictos del día a día, adquirir las habilidades sociales que le permitan establecer la negociación que conlleva decidir a qué van a jugar, con quienes, etc. Irse a una esquina llorando suele manifestar que no ha sabido

resolver la situación. Si es una cosa aislada o lo ha provocado un suceso de entidad es lógico. Si es fruto de una discusión al cambiar cromos, necesita ayuda para adquirir habilidades básicas.

Si hace años se caía con frecuencia en un excesivo autocontrol emocional, que llevaba a posturas hieráticas, ahora nos hemos pasado al otro extremo. La falta de exigencia, la carencia de hermanos con los que negociar, el excesivo proteccionismo de algunos padres, conduce a que algunos niños no tengan un elemental auto-control de las manifestaciones emocionales. La adquisición de la templanza, en el sentido egregio y propio del término, de la fortaleza, en su doble dimensión de resistir en el bien y de acometer lo justo, forma parte de la educación de la personalidad. Otro aspecto a considerar es cómo educar al niño para que evite ponerse en situación de "perder los papeles". Es lógico que ante un disgusto, un domingo sin salir por la lluvia, etc. uno se encuentre más agresivo, pero es importante detectar las señales –propias o ajenas– que nos indican que entramos en zona de peligro. Si es el padre o la madre quien lo observa, lo lógico será facilitarle una salida para que recupere el control emocional: irse a la habituación unos minutos, aparcar unas horas un tema espinoso, etc. Cuando uno ve que el clavo se comienza a torcer, no es inteligente seguir golpeándolo, pues lo normal será que se termine de torcer. A veces, una señal *secreta* del padre o de la madre ayuda a que el niño sepa que está entrando *en zona de peligro*.

La educación emocional empieza en la cuna, continúa con el ejemplo de sus padres y hermanos y sigue con la actuación de los padres para ayudarle a encauzar los impulsos y emociones. En unos casos, se trata de mantenerlos bajo control y en otros de aprender a manifestarlos adecuadamente; alguna vez a cambiar el paradigma mental que provoca ese impulso. Saber cuándo actuar de una manera u otra requiere el saber prudencial. Por ejemplo, ahora es más importante aprender a perdonar que hace unos años; antes la cultura del perdón impregnaba más las convicciones, ahora en algunos casos no existe. A los perfeccionistas hay que enseñarles a reírse de sus propios fracasos, o conseguir que nos riamos juntos, que es distinto a reírse de él. Algunos niños de diez años tienen como reto aprender a perder, otros ver películas de risa

para que su educación no sea tan rígida. Como se ve, es importante, lo que en algunas zonas de China conocen con el nombre de "*el quinto punto cardinal*": saber donde estamos. Como la educación es personalizada no hay recetas, sino soluciones prudentes a casos particulares.

X
AFECTIVIDAD Y SEXUALIDAD

El desarrollo armónico de la sexualidad va acompañada de una acertada educación afectiva. El ser humano es sexuado y esta condición impregna la personalidad; la identidad sexual se refleja en los afectos y en sus manifestaciones. Hay una relación natural entre sexualidad-donación-amor que no se debe romper. Dejarse arrastrar por las emociones y pasiones lleva a actuar de forma poco acorde con la dignidad humana, propia y/o ajena. La educación de la sexualidad lleva a lograr, poco a poco, el dominio de sí que se requiere para entregarse en el momento adecuado a la persona oportuna. La preparación para el matrimonio no se limita a los meses anteriores a la boda, sino que un buen noviazgo es un excelente modo de prepararse; a su vez, para vivir bien el noviazgo es preciso saber qué es el amor y cuáles son sus manifestaciones adecuadas en cada situación vital. Que nunca una chica dé sexo por temor a defraudar al novio; sí éste es digno del amor de esa muchacha no le pedirá manifestaciones que están reservadas para la vida matrimonial. Hay que volver a recuperar los estadios naturales de la amistad entre chicos y chicas, el noviazgo y el matrimonio; ni toda amistad debe concluir en noviazgo, ni es necesario que el noviazgo termine en matrimonio. Lo malo es cuando no se sabe lo propio de cada estadio de la vida, dejando pasar meses de noviazgo sin abordar los temas esenciales para que ambos sepan si pueden proyectar un futuro común formando una familia. Le preguntaron a un experto en enseñar a hablar en público: “esta sesión que nos acaba de dar, ¿cuánto tiempo le ha costado prepararla? El interpelado, con la mayor naturalidad contestó: treinta años”. Los años que llevaba dedicado a esa tarea. Algo similar ocurre con el matrimonio, ¿cuánto tiempo lleva prepararse para vivirlo bien? Es tarea de toda la vida previa, porque el compromiso que se adquiere en el matrimonio es de las pocas decisiones esenciales de la vida.

Para adquirir el dominio de sí, es preciso luchar y evitar ocasiones de actuar mal. La misión del pudor es procurar que las miradas sean

acordes a la dignidad de la persona; aprender a educar la mirada es importante para valorar un cuadro valioso, pero más para saber ver en la mujer una persona y no un objeto de deseo. Hay un tipo de publicidad denigrante para la mujer, pues la utiliza como medio para reclamar la atención del varón excitando sus deseos sexuales. Una mujer suele saber diferenciar cuando es mirada con respeto a cuándo es vista como objeto de deseo. Si es ella la que provoca, con gestos o modos de vestir esa mirada, cualquier varón entiende que su actuar es provocador, aún en el caso que ella sólo quisiera llamar la atención aún pagando el precio de ser mirada como objeto. Cuesta educar la mirada; además de poner los medios, es importante aprender la diferencia que hay entre sentir y consentir, entre ver y mirar. Para que haya responsabilidad moral es preciso un uso libre de la voluntad; si falta libertad no hay responsabilidad ética. En la formación de jóvenes y pre-adolescentes buscamos la finura personal de no mirar lo que mancha el corazón y no entretenerse con pensamientos derivados del instinto sexual. Si alguien se obsesionara con este tema, necesitaría ayuda para recuperar el enfoque adecuado; esa labor de ayuda, al ser tan delicada, requiere un cuidado similar al de quien maneja un bisturí; una afectividad sana y bien configurada se manifiesta en lazos de amistad que ennoblecen a quienes los comparten. Parece que nos hemos ido lejos, pues hemos hablado del matrimonio y estamos tratando de educar a personas de 6 a 12 años. Pero, como dijo Séneca: “no hay viento favorable para quién no sabe dónde va”. Dice Marina que: “nuestra vida afectiva es el resultado de una larga historia de creación sentimental”. No todo en la vida es predecible, se puede corregir una trayectoria mal emprendida, pero lo ordinario es que, si no se corrige el rumbo, las cosa sigan la lógica evolución previsible. Saber cual es la meta para la que se educa, ayuda a dar sentido a lo que se hace o se deja de hacer en el día a día. Si uno no recibe unas pautas básicas en la infancia, más adelante le costará entender cuestiones que otros consideran básicas. Hay un ejemplo que utiliza Santamaría y que vale la pena pensar; afirma que en la antigüedad, época en la que la esclavitud era habitual, entender que ese hecho atentaba contra la dignidad de la persona, requería un largo razonamiento para quien había nacido en ese

entorno y lo veía como algo ordinario y habitual. Algo similar ocurre ahora con otros temas. Hay una generación que ha nacido en un contexto en el que el sexo es visto como sólo como fuente de placer y todo lo que no sea eso, lo ve como algo represivo y retrógrado. A quien no ha tenido la suerte de ser amado en su infancia, entender el amor que se puede lograr en una familia le cuesta más que a quién lo ha aprendido de niño; quien ha vivido en una casa en la que la violencia, las drogas, el utilitarismo han sido referencias frecuentes, le costará más entender que es posible otro tipo de vida, si bien esa capacidad para descubrir lo que de verdadero, bueno y bello hay en la vida sigue estando presente, quizá bajo *capas* de pintura y suciedad que es preciso quitar para apreciar el valor que supone tener una familia en la que uno es querido y quiere *por ser* y no *por tener*. A pesar de todo, cuando uno descubre que se le quieren de verdad, el camino se hace más sencillo.

Se trata de lograr que asimilen una educación afectivo-sexual apoyada en el respeto, para que conozcan la razón de una conducta que, en el contexto actual, puede resultar heroica. Si entienden que viviendo así, aprenden a amar más y mejor, tendrán motivos para esforzarse en mejorar. Comprendidas estas ideas, es lógico contestar a preguntas como: “y si me encuentro en esta situación o en la otra...”. Sin esa comprensión previa, la formación sería sólo con casuística, lo que resulta pobre y no permite captar el valor de vivir una sexualidad ordenada; una persona enamorada entiende la razón de guardar sus sentidos para no ofender a la persona que ama; a quién no está enamorado le puede costar más entender los motivos.

Muchas personas entienden que la amistad se puede compartir entre varios; de hecho, es mejor tener varios amigos que sólo uno. Los enamorados, en cambio, buscan la exclusividad, porque el amor de amistad es diferente al propio del enamoramiento. Una chica que se hace respetar se convierte en una persona más valiosa para quien busca un amor de calidad, sea de amistad o de noviazgo. Habernos detenido en la educación de la afectividad encuadrada dentro de la armonía personal no debe hacernos olvidar que esa armonía está amenazada al estar bajo la presión de las pasiones. No podemos caer en la ingenuidad de pensar que basta con tener

claras las ideas para actuar siempre bien; valorar nuestra grandeza va unida a conocer nuestras limitaciones. Desde ese realismo, sabremos poner las medidas de prudencia oportunas para no llegar a situaciones donde se desatan los instintos y resulta más difícil tener un comportamiento digno. Como el pre-adolescente no tiene la virtud de la prudencia, necesita de la ayuda de adultos juiciosos para calibrar las dificultades reales de los planes que propone. Puede suceder que un hijo adolescente comente: “Nos vamos a esquiar a un apartamento unos amigos y amigas; pero no te preocupes que *no va a pasar nada*”, de lo único que se puede estar seguro es de la buena voluntad del joven, pero no de que su conducta se vaya a ajustar a sus buenas intenciones. Si dice: “¿Es que no te fías de mí?”, se olvida que el hombre es un ser débil por naturaleza; no tenerlo en cuenta es una ingenuidad propia de su edad, pero impropia de quien tiene la tarea de educar; se le podría responder: “No me fío de ti porque me conozco a mí”. También un adulto, si es maduro, conoce su fragilidad y no se pone en situación de quebrarse. Como muchas consultas tienen que ver con planes nocturnos, vale la pena leer unas palabras de Bernanos: “Hay una hora avanzada de la noche en la que los juiciosos hacen el tonto, y los tontos no dejan de hacerlo”. Esta cita no es para aplicarla al pie de la letra, como si fuera un axioma, pero tampoco cabe verla como algo decimonónico carente de valor.

Bonete comenta que la castidad es la energía espiritual que sabe defender el amor de los peligros del egoísmo. Afirma que nuestra civilización está enferma, a pesar de sus muchos aspectos positivos en temas técnicos, materiales, etc. En la sociedad actual se ha perdido el sentido de la verdad plena sobre el hombre y las personas, en muchas ocasiones, no son vistas ni tratadas de modo acorde a la dignidad que les corresponde. La sexualidad es un bien que precisa la adecuada protección para no dejarse arrastrar por una conducta hedonista y asimilar el comportamiento humano al de los demás mamíferos. Vivir la castidad presupone otras cualidades, entre ellas el auto-dominio, la fortaleza para resistir las pasiones torcidas o para acometer empresas valiosas, para darse a los demás con generosidad, respetando su dignidad e intimidad.

De todas formas, en la infancia y pubertad, la afectividad y la atracción sexual no siempre se encaminan a la misma persona; dejando al margen las manifestaciones de afectividad que no tienen un carácter sexuado como es el cariño a los padres, hermanos, etc. Tampoco la amistad tiene de suyo un componente sexual; vale la pena repasar del libro de C.S. Lewis *Los cuatro amores*, el capítulo dedicado a la amistad para percibir el valor que tiene el afecto en el amor de amistad y como la sexualidad, de suyo no tiene ningún papel en ese tipo de afecto. Si lo tuviera, no sería propiamente una manifestación de amistad sino de otro tipo de aspectos como pasiones, etc. La amistad entre niños y niñas hasta la pubertad no contempla esa atracción sexual; muchas veces el trato de un chico con otro chico y con una amiga presenta rasgos básicos similares, si bien por confluencia de intereses y a aficiones, especialmente deportivas, sea más frecuente la amistad entre personas del mismo sexo. No obstante, muchos deportes –tenis, esquí, patinaje, etc. las pueden practicar conjuntamente personas de sexo distinto, así como aficiones culturales: literatura, pintura, etc. Compartir gustos lleva a establecer lazos afectivos entre chicos y chicas. El amor infantil, cuando se da entre personas que no comparten lazos de sangre, suele tener rasgos de amor platónico, en donde no aparece el componente sexual y sí mucho del idealismo del enamoramiento; se pueden pasar horas juntos sin que se les pase por la cabeza pensamientos relacionado con la sexualidad, salvo que se muevan en un ambiente en donde las manifestaciones de atracción sexual tengan consecuencias practicas en personas de su edad. Salvo que el mal ejemplo de otros les lleve a comportamientos equivocados, la posible atracción sexual de un niño o niña de 10-12 años, guarda más relación con buscar el placer sexual por otras vías. Por desgracia, algunos han pasado por experiencias tristes en su vida personal que suelen ir unidas a ser usados por otros como objeto de placer. A veces, un niño del que se ha abusado sexualmente, se convierte él mismo en abusador de otros.

LA HOMOSEXUALIDAD. UN BREVE APUNTE

Sobre este complejo fenómeno, que en los últimos años ha cobrado protagonismo, vale la pena hacer un breve apunte, que no pretende agotar el tema sino sugerir un punto de reflexión. El término homosexual lo define la Real Academia Española en su vigésimo primera edición, como “la relación erótica entre individuos del mismo sexo. Al definir el termino lesbiano/a, dice simplemente: “mujer homosexual”; por tanto, al decir homosexualidad nos referimos a varones y a mujeres. En parte, desde la ideología de género, es lógico que no se establezca distinción, puesto según esa ideología, el sexo no es algo dado por la naturaleza sino un esquema social; siguiendo su lógica, cada persona elige su orientación sexual, que puede ser definitiva o puede variar con el tiempo; pues al ser una opción que no se basa en la naturaleza, se puede variar la orientación tantas veces como se desee. En la práctica, lo más frecuente es que si una persona se define homosexual es que sea un varón que practica sexo con otro varón; si es una mujer con otra mujer, y se llaman lesbianas con más frecuencia que homosexuales. Esos términos, según la ideología de género quedarán superados con el tiempo, pues el sexo será una opción elegida; los conceptos de varón y mujer no están en consonancia con la ideología de género. Como esa ideología no impregna por igual todos los planteamientos, algunos mantienen los términos de varón y mujer y se limita a considerarlos efectos culturales y cambiantes; otros pretenden superar esos términos y vivir con un planteamiento en el que caben opciones tan diversas que sorprenderían a una persona que desconozca esos planteamientos.

Dicho lo anterior, pasemos a otro tema sin relación directa con lo anterior, salvo una periférica similitud, pero que puede derivar en comportamientos comentados. Algunas personas, al llegar a la pubertad no tienen bien asentada su identidad sexual. En el caso de los chicos, sobre unos caracteres básicamente masculinos se da un cierta atracción hacia algunas personas del mismo sexo. Esa situación, ordinariamente, es transitoria y acaba al perfilar bien su identidad sexual. No es raro que esos niños puedan asustarse ante la posibilidad de ser homosexuales. Esa situación transitoria se agrava en algunas circunstancias: experiencias de tinte homosexual

con amigos o compañeros, ser objeto de abusos por otros varones; experiencias fuertes a través de televisión, cine, Internet, revistas, etc., pueden convertir una cuestión pasajera en grave.

El permisivismo social, la exaltación de la homosexualidad, la carga erótica de algunos medios de comunicación y otros factores, puede hacer que niños y adolescentes tengan experiencias graves para su identidad sexual. En esos casos, esa ligera atracción se puede convertir en una tendencia arraigada o a lanzarse al erotismo con chicas para demostrarse a sí mismos su virilidad. En el caso de las chicas, se puede producir una confusión entre el afecto derivado de la amistad con la atracción sexual, pudiendo difuminarse o romperse las fronteras entre las manifestaciones de afecto propias de la amistad y de la relación sexual. Al tener más peso la afectividad en las mujeres, puede resultar más difícil precisar el momento en el que se comienza a producir esa pérdida de identidad. Una señal clara sería el tener ideas persistentes de mantener relaciones sexuales con una amiga, o la experiencia de haberlo realizado. Los niños y adolescentes, varones o mujeres, que se encuentran en esa situación requieren una delicada ayuda, dificultada porque no suelen darlas a conocer a quienes les pueden ayudar por la vergüenza que experimentan.

Lamentablemente estos casos son más frecuentes por la irresponsabilidad de quienes promueven actitudes del estilo: “prueba y quédate con la opción que más te guste”; así, como la realidad es que quien ha sufrido abusos es más propenso a abusar de otros, se genera una cadena difícil de romper. El que se pueda ser más propenso, no significa que necesariamente ocurra; la libertad estará condicionada, pero no determinada. Por tanto, sirve la afirmación anterior a efectos estadísticos o sociológicos, pero no individuales.

Esa ligera inclinación que algunas personas sienten, si es tratada de forma acertada, lo ordinario es que pase sin dejar huella. Cuando se agrava por alguna causa, se acentúa en el individuo el carácter obsesivo de la sexualidad, en sus diversas manifestaciones. La mayor facilidad para la promiscuidad entre varones, contiene un elemento potencial multiplicador, pues si refuerza esa ligera inclinación con experiencias reales, él mismo se puede convertir en un difusor de esa misma situación en otros jóvenes. Esa es una de

las razones por las que son más frecuentes comportamientos de este tipo entre varones que entre mujeres.

No pretendo con estas líneas dar por visto este complejo fenómeno; me he limitado a señalar un riesgo que puede afectar a los jóvenes, para que los padres y educadores sepan ayudar a los hijos si pasan por esa situación. Los especialistas discuten si esa atracción entre personas del mismo sexo tiene un componente genético, psíquico o conductual. Es un tema en el que profesionales de la medicina no tienen una apreciación unánime si bien la extensión de la homosexualidad se debe prioritariamente a factores conductuales. El origen de esa inclinación no significa que tenga que derivar, por necesidad, en conductas prácticas. Para quien desee profundizar en el cambio social producido en las últimas décadas y especialmente en los veinte años más recientes, le servirá el libro de Mª Isabel Llanes titulado *Del sexo al género. La nueva revolución social.*

Segunda Parte
CUESTIONES PRÁCTICAS

XI

FACTORES QUE CONDICIONAN SU COMPRESIÓN

IMAGEN DE MUJER

¿Qué piensa un niño de una mujer? Su primer y principal punto de referencia es su propia madre. Madre es sinónimo de cariño, de ternura, de acogida... Si tiene hermanas, poco a poco percibirá las diferencias entre varón y mujer, no sólo en aspectos fisiológicos sino en psicológicos, afectivos, culturales, etc. En un hogar el padre y los hermanos son modelo de varón y la madre y las hermanas son modelo de la feminidad. El niño capta esto de forma natural.

Cuando el niño tiene alrededor de seis años surge en él un afán por subrayar los rasgos masculinos de su personalidad. Si le gusta el deporte se socializa con otros chicos con los que comparte la afición; sin descartar que algunos niños, menos deportistas o más sensibles, se encuentren más cómodos con niñas, e incluso prefieran juegos atribuidos al sexo femenino; a estas edades no tiene especial importancia, sobre todo si los rasgos culturales femeninos están reducidos a un franja estrecha. Hay veces en las que conviene suavizar o reforzar, según los casos, su identidad sexual. Desde luego no es varonil el dedicarse a juegos violentos; ese estereotipo cuanto antes desaparezca mejor, pero la realidad es que prefieren actividades que requieran acción más que jugar con muñecas. Negar la diferencia sexual entre los varones y mujeres es negar la evidencia. Bien diferente es difundir estereotipos de masculinidad, el realizar actividades violentas y femeninas otras cercanas a la cursilería. Ni es más varonil ser más bruto ni es más femenino ser cursi. Los abusos producidos no deben hacernos olvidar que los varones y las mujeres somos iguales en dignidad y derechos, pero no idénticos. El verdadero respeto entre varón y mujer requiere respetar las diferencias. Hay dos modos de ser persona, mujer y varón; iguales en dignidad y derechos, distintos en su modo de encarnar la personalidad; esa diferencia se muestra en el cerebro, en la configuración del ADN, en la estructura ósea, etc.

IMAGEN DE VARÓN

En algunos ambientes más deteriorados socialmente, las pandillas juveniles de varones están asociadas a comportamientos violentos, agresivos o con un estilo de vida que trata de romper con el entorno social. Si un chico o una chica ha tenido un padre violento en su casa, que ha llegado en ocasiones bebido y que se niega a participar en las tareas de la casa, la imagen de padre que perciban sus hijos no será el de alguien cercano, interesado por sus asuntos o fuente de seguridad y de afecto.

Afortunadamente cada vez más padres se implican en las tareas de la casa, no con la mentalidad de *ayudar* a su esposa, sino de compartir las mismas obligaciones. En algunos casos, es el varón quien se encarga de las tareas del hogar mientras que la mujer se vuelca más en actividades externas. Siendo indudable que, en los primeros meses de vida el niño necesita más a su madre, es lógico que se produzcan repartos de tareas en función de las circunstancias, necesidades, acuerdos, etc. No es renunciar a la virilidad ocuparse de las tareas del hogar y es cierto que la sociedad tiene que ser rediseñada para que la mujer pueda armonizar la vida familiar y laboral. La mujer donde ahora está discriminada no es en el mundo educativo sino en el laboral. Basta comprobar las horas de convocatoria de reuniones para descubrir que esas empresas han sido diseñadas por varones y para varones. Quizá no sea fácil armonizar la vida laboral y la familiar, pero es una injusticia flagrante penalizar a la mujer en algunas de dimensión de su vida por un diseño social que no está preparado para la conciliación entre la familia y el trabajo. Volveremos sobre esto más adelante, pues no basta con decir que la familia requiere presencia y dedicación si no se facilita. Un alto porcentaje de profesionales alemanas no tiene hijos; eso supone un motivo serio para pensar si la sociedad no está pidiendo que la mujer sacrifique, aunque lo haga deseosa, la maternidad si desea triunfar en el mundo profesional. Aunque se ha avanzado en la conciliación de tareas, sigue siendo cierto que la mujer que no quiere renunciar a ninguna de las dimensiones citadas, profesional y familiar, suele tener que renunciar a destacar en alguno de los ámbitos, con el agravante de que, hoy por hoy,

muchas mujeres se sienten culpables si sus hijos tienen problemas escolares y ellas llegan tarde a casa; porcentaje que baja mucho en los varones. Cómo afirmó Jutta Burggraf, brillante intelectual alemana: “este mundo llegará a su plenitud en el momento en el que a ambos sexos le entreguen armónicamente su contribución específica”.

Los medios de comunicación

Los medios de comunicación transmiten mensajes implícitos y explícitos. Es frecuente que en anuncios o programas, se trata a la mujer como si fuera un objeto de placer. Nadie quiere que el cuerpo de su madre sea utilizado como reclamo para la venta de un automóvil; el rechazo social a los anuncios sexistas debiera ser rotundo. No basta que en otros estamentos se hable de la dignidad de la mujer, si el joven lo que percibe en los mensajes que le llegan es distinto. Una persona de 12 años, si responde a la media de televisión del mundo occidental por habitante, ha visto en lo que lleva de vida más de 12.000 horas de programación, con alrededor de 180.000 anuncios incluidos. Como muchas veces no se respetan los códigos éticos ni la franja de horario infantil, nos encontramos que en el momento en el que el niño-adolescente forja su concepto de mujer, predominan los mensajes en los que ésta es vista como objeto de placer. Además de llamadas al consumismo, ¿qué efectos personales y sociales provoca ese estilo de publicidad? La sensibilidad, acertada, ante la llamada violencia de género, debiera ser igual para las mujeres que se ven casi obligadas a prostituirse, sea en sus países de origen por los turistas o en los lugares de destino, en donde sin ayuda resulta difícil salir de algunas redes de trata de blancas u otras modalidades que chocan frontalmente con los más elementales derechos de la persona.

LOS AMIGOS

Los amigos al llegar a la pre-adolescencia cobran más fuerza. Sentirse integrado en una pandilla resulta esencial para el joven, sea varón o mujer; amigos con los que comparte diversiones, puntos de vista, aficiones y confidencias. Acertar al elegir los amigos y amigas es clave para su formación. Si el ambiente de una zona de

la ciudad es rechazable desde el punto de vista educativo, habrá que explicar al pre-adolescente las razones por las que no le conviene frecuentar algunos lugares o participar en actividades concretas. Ni todos los lugares ni a todas las horas del día ayudan en la educación de un pre-adolescente. Si hemos puesto los fundamentos educativos previos lo entenderá pero le costará renunciar a frecuentarlos, pues ahí van todos sus compañeros de clase y si no quiere quedarse *colgado.* "Es que no te fías de mí", "yo no hago lo que hacen otros"... Éstas y otras razones se escuchan todos los fines de semana en millares de domicilios. Es deseable que los padres se agrupen y promuevan alternativas de ocio sano, donde no haga falta ser héroe para comportarse de acuerdo con estilos que debieran ser normales, pero que en cualquier caso son los correctos. Entrar en una casuística de hasta dónde está permitido –horas de llegada, hábitos de conducta, etc.– es entrar en una dinámica en la que los padres suelen salir derrotados... a veces por agotamiento, un adolescente sabe ser insistente hasta vencer al padre más aguerrido. Pero los padres deben pensar, antes de que llegue ese momento, si la alternativa con la que se va a encontrar su hijo/a es hacer lo que todos hacen o volverse solo a casa; parece razonable adelantarse a esas situaciones y promover estilos de ocio que no pongan en peligro lo que tanto esfuerzo ha constado lograr. Un hijo roto no es como un coche averiado; en los vehículos la parte de la carrocería dañada se cambia y queda como antes; el ser humano es sistémico; un daño en una parte de su formación o estilo de vida repercute en el conjunto de la persona. Se trata de salir de esos circuitos casi cerrados que llevan a efectos, en principio, no deseados. Si va a donde todos van, hace lo que todos hacen, lo esperado será que le ocurra lo que al resto; sin juzgar a las personas, es muy preocupante la escalada de hogares rotos, con las consecuencias que se suelen derivar. Quien diga que una ruptura matrimonial no afecta a los hijos o no sabe de lo que habla o es que el hogar estaba tan deteriorado que no percibe la diferencia. Un conocido actor norteamericano, ya finalizando su carrera profesional, ha afirmado recientemente que de todas las desgracias sufridas en su vida, de la única que no se ha recuperado es del divorcio de sus padres.

Con estas líneas no se pretende resultar alarmista; es más, buena parte del libro tiene un contenido preventivo, precisamente el de formar jóvenes que en el futuro puedan asumir las obligaciones que comporta un compromiso como el que supone fundar un hogar. Muchos jóvenes tienen miedo al compromiso por una falta de formación tanto teórica como práctica. La fidelidad matrimonial es una de las pruebas más claras de la calidad del amor ofrecido y entregado al cónyuge. Si no se entregan los cónyuges entre sí, la unión ya nace deformada y con más posibilidades de terminar en ruptura.

FAMILIARES Y VECINOS

Cada vez es más común que entre familiares y vecinos, su hijo vea comportamientos y modos de vida ajenos a los que percibe en su casa. Es una ocasión para enseñarle, al juzgar, a distinguir entre las personas y las conductas; éstas pueden ser reprobables, las personas no. Toda persona merece un respeto exquisito y sólo Dios tiene todos los datos para juzgarle; cuando las personas juzgamos a vecinos, compañeros, etc., si no nos compete hacerlo, somos injustos. Desde ese respeto exquisito a los demás, hay que darle pautas seguras de conducta y no presentarle como normal lo que no es conforme a la dignidad humana. Al error hay que llamarle error sin miedo; al equivocado se le acoge con delicadeza, siempre y cuando su trato no ponga en peligro la salud física o moral de tu familia. Es compatible no hablar mal de nadie y explicar a los hijos con claridad lo que está bien y lo que está mal; no todo da igual ni es indiferente. El que a las personas se les trata con respeto y delicadeza no significa que debamos justificar todos sus actos. No es machismo reforzar la masculinidad de tu hijo, siempre y cuando no sea de una forma tan vulgar que piense que ser más hombre es ser más bruto. La dignidad y el respeto debido no provienen de la condición sexual, sino de la dignidad de la persona, sea varón o mujer. Hay momentos en los que el cuidado debe ser mayor; por ejemplo, cuando conviva –en vacaciones o en otros momentos– con primos mayores. A esa edad (10 a 12) un año de diferencia es

mucho y más si la formación moral entre los parientes no es homogénea.

XII
LA IMPORTANCIA DE EDUCAR LA INTELIGENCIA Y LA VOLUNTAD

Una idea repetida en estas páginas es el excesivo peso que se da a la afectividad al tratar del amor. Otra idea repetida es que quien actúa es la persona completa y que no cabe atribuir las actuaciones sólo a la inteligencia, a la voluntad o a la afectividad. En unos casos, pesa más un aspecto que otro como fruto de la prudencia al regular la participación de nuestras capacidades en cada acción. Ni la inteligencia, ni la voluntad, ni la afectividad son versos sueltos; forman parte del poema que es la persona humana. Lo ideal es alcanzar una armonía en la educación de la personalidad que permita que cada faceta esté desarrollada y actúe de acuerdo a su naturaleza.

Al ser la persona un ser sistémico, no cabe diseccionar cada actuación para valorar el peso de cada aspecto de la personalidad; alguna persona con poca formación puede tener dificultades para comprender la dignidad de la persona y sus consecuencias. A una persona con una voluntad débil le costará ser coherente en su comportamiento, especialmente en situaciones arduas. De todas formas, no es una cuestión sólo de estudio; todos conocemos personas con poca formación intelectual que tienen gran categoría personal, en su modo de ser y de comportarse, lo mismo que ser universitario no es garantía más que de que tener un título. En muchos jóvenes se aprecia una falta de templanza y de fortaleza; a veces porque sus padres se lo han dado todo hecho, sin pedir esfuerzo. Puede ser ilustrativa la anécdota que paso a referir: “Un día, una pequeña abertura apareció en un capullo. Un hombre se sentó junto a él y observó durante varias horas cómo la mariposa se esforzaba para que su cuerpo pasase a través de aquel pequeño agujero. Entonces, pareció que ella sola ya no lograba ningún progreso. Parecía que había hecho todo lo que podía, pero no conseguía agrandarlo. Entonces el hombre decidió ayudar a la mariposa: tomó unas tijeras y cortó el resto del capullo. La mariposa

entonces, salió fácilmente. Pero su cuerpo estaba atrofiado, era pequeño y tenía las alas aplastadas. El hombre continuó observándola porque él esperaba que, en cualquier momento, las alas se abrirían, y se agitarían, y serían capaces de soportar el cuerpo, que a su vez se iría fortaleciendo. Pero nada de eso ocurrió. La realidad es que la mariposa pasó el resto de su vida arrastrándose con un cuerpo deforme y unas alas atrofiadas. Nunca fue capaz de volar. Lo que aquel hombre no comprendió –a pesar de su gentileza y su voluntad de ayudar–, era que ese capullo apretado que observaba aquel día, y el esfuerzo necesario para que la mariposa pasara a través de esa pequeña abertura, era el modo por el cual la naturaleza hacía posible que la mariposa pudiera utilizar después bien sus alas. En su afán de ayudar, de evitar un esfuerzo, o un sufrimiento, la había dejado lisiada para toda la vida. Algo parecido sucede a veces en la educación de las personas".

Un chico de once años comenzó a suspender varias asignaturas en cada evaluación; sus padres, preocupados le llevaron a una academia, hablaron con el tutor del colegio, etc. En la siguiente evaluación se repitieron los suspensos; cuando el padre comentó con un amigo su perplejidad y le dijo los medios puestos, la persona que le escuchaba le comentó: "me has hablado de los medios que habéis puesto los padres y el colegio, pero no has mencionado si tu hijo ha puesto algo de su parte". Es duro, pero cada vez es más frecuente que sean los padres quienes tengan más preocupación que sus hijos por las notas. Sin pretender juzgar a nadie, y sabiendo que es un simple ejemplo, cada vez se ven más padres y madres llevando la mochila del hijo pre-adolescentes, o al menos con edad para hacerlo él. Ejercitar la voluntad es necesario para ser fieles a los compromisos vitales; muchos jóvenes saben cómo deben comportarse, pero no son capaces de vivir de forma coherente con lo que debieran hacer. Es cierto que no siempre nuestra conducta se ajusta a lo correcto; educar en libertad supone correr riesgos. Sin agobiarse, vale la pena pensar si podemos hacerlo mejor. Un ejemplo clarificador puede ser el siguiente: "Se cuenta que con un viejo violín, un pobre hombre se ganaba la vida. Iba por los pueblos, comenzaba a tocar y la gente se reunía a su alrededor. Tocaba y al final pasaba entre la concurrencia una agujereada boina con la

esperanza de que algún día se llenara. Cierto día comenzó a tocar como solía, se reunió la gente, y salió lo de costumbre: unos ruidos más o menos armoniosos. No daba para más ni el violín ni el violinista. Y acertó a pasar por allí un famoso compositor y virtuoso del violín. Se acercó también al grupo y al final le dejaron entre sus manos el instrumento. Con una mirada valoró las posibilidades, lo afinó, lo preparó... y tocó una pieza asombrosamente bella. El mismo dueño estaba perplejo y lleno de asombro. Iba de un lado para otro diciendo: 'Es mi violín...!, es mi violín...!'. Nunca pensó que aquellas viejas cuerdas encerraran tantas posibilidades".

Parte de la tarea educativa es además de enseñar, ayudar a intentarlo de nuevo; no rendirse con facilidad ante un obstáculo. La constancia en el esfuerzo, si es razonable, acaba dando fruto; que salgan las cosas siempre bien y a la primera es lo excepcional. Enseñar a levantarse y volver a intentarlo forma parte de la enseñanza para la vida, en donde tendremos que repetir con frecuencia ese ejercicio de humildad.

XIII

CUIDAR LA FAMILIA, DONDE UNO ES AMADO Y APRENDE A AMAR

Quien no haya tenido la fortuna de ser amado en su infancia, tiene una carencia que conviene corregir. La familia es la urdimbre afectiva que la naturaleza ha previsto para el desarrollo armónico de las personas. Un bebé, desde el vientre materno recibe las consecuencias del comportamiento de su madre no sólo desde el punto de vista físico: hábitos saludables, ausencia de factores muy estresantes durante el embarazo, etc. También, de una forma u otra, el ser aceptado y querido configurará su personalidad. No todo bebé concebido es esperado con ilusión; hay casos en los que la concepción ha tenido lugar en un momento no esperado ni deseado; puede haber un sentimiento inicial de rechazo a aceptar el embarazo; esa situación no tiene mayor trascendencia si pasa a ser aceptado y progresivamente querido. De hecho, al nacer un niño con síndrome Down, si no era esperado así, la primera reacción de sus padres puede ser de disgusto, lo que resulta comprensible. Es el momento de ayudarles, social y personalmente, para afrontar las nuevas circunstancias. Que un bebé sea esperado con ilusión por sus padres y hermanos es lo deseable, pero no es la única posibilidad. Contaban unos padres como ante un nuevo embarazo materno, el menor de los hermanos nacidos se dedicaba a repetir una y otra vez: “bebé aquí, ahí no”, mientras señalaba el vientre materno. Era su modo de indicar que no aceptaba su próxima condición de príncipe destronado; cuando nació su hermana, mantuvo el rechazo inicial unas semanas y luego se le pasó. Muchos padres tienen la experiencia de ayudar a los hijos a superar la reacción de celos que se puede producir ante la llegada de un nuevo miembro a la familia. Ordinariamente no pasa nada, se acaba asumiendo la realidad y la vida sigue.

Dice Bonete en el libro ya citado que “la familia es la primera y fundamental escuela de socializar; como comunicación de amor, encuentra en el don de sí misma la ley que la rige y la hace crecer.

El don de sí, que inspira el amor mutuo de los esposos, se pone como modelo y norma del don de sí que debe haber en las relaciones entre hermanos y hermanas, y entre las diversas generaciones que conviven en la familia. La comunicación y la participación vivida cotidianamente en la casa, en los momentos de alegría y de dificultad, representa la pedagogía más concreta y eficaz para la inserción activa, responsable y fecunda de los hijos en el horizonte más amplio de la sociedad".

SER QUERIDO Y APRENDER A QUERER

El bebé nace muy limitado; sus manifestaciones afectivas se reducen a sonreír, como señal de satisfacción, y a llorar en señal de malestar o en petición de ayuda. Todos somos conscientes de la importancia de recibir afecto desde el principio de la vida; rodear de afecto al bebé fortalecerá una personalidad sana. Muchos padres de niños de 0 a 6 años se plantean dudas sobre cómo actuar en diversas y variadas circunstancias de la vida; especialmente cuando es el primer hijo cada experiencia es nueva y no siempre están preparados para responder. Es indudable que participar con intensidad en la vida del recién nacido es una buena forma de apuntalar la familia y de emplear el tiempo. Entre llegar habitualmente a casa cuando el bebé está dormido, a participar en el baño vespertino, cena, juego, acompañarle a la cuna o a la cama, estar con él unos momentos, hay una notable diferencia. Un bebé adquiere la conciencia del amor fundamentalmente por su experiencia personal de ser querido; su componente instintivo al comportarse es alto; desarrollará una capacidad de captar la atención que puede llegar a ser absorbente; es casi seguro que habrá que decirle NO en muchas ocasiones, desde sus intentos por ir a la cama de sus padres a su empeño por tomar objetos que le puede perjudicar o que por su valor no debe tener en sus manos. Querer no es decir siempre y a todo que sí; ahora abundan las madres buenas, cariñosas; pero el niño necesita tener una buena madre, que le da no lo que pide sino lo que necesita: mucho cariño y algunas negativas firmes.

Cada más varones se implican en las tareas de la casa; faltar un día, uno de los dos, no es relevante si el motivo es importante. Faltar de forma sistemática puede llevar a lo sucedido en el siguiente relato: “Cuando nació mi hijo yo estaba en una fase laboral en la que tenía que aprovechar las oportunidades para ascender. Mi hijo aprendió a comer cuando menos lo esperaba. Comenzó a hablar cuando yo no estaba. A medida que crecía, me decía: ‘Papá, algún día seré como tú ¿Cuándo regresas a casa, papá?’. ‘No lo sé, hijo mío, pero cuando regrese jugaremos juntos..., ya lo verás’. Mi hijo cumplió diez años y me decía: ‘Gracias por la pelota, papá. ¿Quieres jugar conmigo?’. ‘Hoy no, hijo mío, que tengo mucho que hacer’. ‘Está bien papá, otro día será’, y se fue sonriendo. Pasaron los años y mi hijo regresó de la universidad, hecho todo un hombre. Hijo, estoy muy orgulloso de ti. Siéntate y hablemos un poco’. ‘Hoy no, papá, tengo compromisos...; por favor, préstame el coche para ir a visitar a unos amigos’. Ahora me he jubilado y mi hijo vive en un barrio cercano. Hoy le he llamado: ‘Hola, hijo mío, quiero verte’. ‘Me encantaría, papá, pero es que no tengo tiempo...; tú sabes, el trabajo, los niños...; pero gracias por llamar, fue estupendo hablar contigo’. Al colgar el teléfono me di cuenta que mi hijo había cumplido su deseo, era exactamente como yo”.

EL CARIÑO, IDIOMA UNIVERSAL

En cualquier país que se visita, las personas con las que es más sencillo conectar son los niños, porque entienden ese idioma universal que entendemos todos. Los niños con síndrome Down escolarizados se acercan las personas más cariñosas, tienen un *detector de cariñ*o que les lleva a equivocarse raras veces. Una experiencia para no repetir es la que cuentan que hizo el emperador Federico II: “quiso saber cuál era la primera lengua del mundo y viendo que cada niño hablaba la de su región de origen, pensó seleccionar a unos niños recién nacidos para que se criaran aparte. De este modo, según el emperador, si nadie les hablaba no podrían aprender la lengua de sus cuidadoras y el idioma original brotaría de sus labios de manera espontánea. Así se hizo. Las señoras encargadas de esa tarea los cuidaban, los bañaban, pero no podían

hablarles ni cantarles. El resultado fue que, al poco tiempo, todos los niños se fueron muriendo de uno en uno. ¿La razón? La ausencia de las manifestaciones que habitualmente acompañan al cariño". Esa historia muestra los efectos de un *afán científico* deshumanizado.

Es importante repetir a cada hijo que se le quiere de forma gratuita, siempre. Es cierto que no da lo mismo que se porten mejor o peor, que estudien o no, pero no deben llegar a pensar el amor de sus padres está determinado por el comportamiento o los resultados escolares. Conocer a cada hijo bien lleva a saber cuándo hay que darle una palmada de cariño o ponerse serio con él. Quererles no es estar todo el día dándoles besos; depende de muchas circunstancias, como la cultura en la que se vive, el carácter de cada uno, incluso en la cultura occidental a la madre se le admiten unas manifestaciones de cariño más tiernas que al padre. Varían las formas, pero no el contenido, manifestar a un hijo pre-adolescente un cariño muy efusivo delante de sus amigos no suele ser el método más acertado.

DAR CARIÑO SIN CAER EN EL CHANTAJE EMOCIONAL

El niño pronto aprende a desenvolverse en la vida y, salvo los que tienen más dificultad para captar emociones o expresarlas, buscan el modo de conseguir lo que desean. Sabemos que un niño puede ser zalamero para conseguir un juguete, permiso para algo, etc. Algunos niños llevan balón al colegio porque consideran que es la forma de asegurarse que jugarán a fútbol, lo que no deja de ser indicador de que algo falla en su proceso de socialización; una niña que lleva golosinas para todas las amigas como forma de ganar su aprecio, trata de *comprar* la aceptación en el grupo. La forma frecuente de aprendizaje de los niños es imitar y usar el sistema de acierto-error; no hay que sorprenderse porque comentan errores, lo importante es que aprendan de ellos; para eso necesitan que se les enseñe. Con frecuencia son los padres los que animan al niño a dar un beso a un pariente, unos amigos de los padres, etc. Un niño rodeado de cariño crece más seguro que si no lo está; pero el afecto esencial es el de los padres y en segundo lugar de sus hermanos, si

los tiene. Entre hermanos es más peligrosa la envidia, para sus relaciones futuras, que una pelea entre ellos por querer a la vez el mismo objeto. Parte de la educación es enseñarles a amar mucho y bien a los demás y a saber cuáles son las muestras de cariño adecuadas a cada tipo de situación: no es lo mismo la forma de tratar a sus abuelos que a un amigo. Esto algunos lo captan intuitivamente; a otros hay que decírselo de forma explícita.

FACILITAR LA VIDA FAMILIAR

El niño aprende de sus padres los aspectos básicos y, lógicamente, también a querer en su casa; el niño necesita cuidados constantes de sus padres. El niño ansía la armonía familiar y llora si ve reñir a sus padres. Pero él no puede defender ese derecho si lo ha perdido; el derecho del niño a la relación con sus padres debe ser protegido antes de que se produzca el eventual daño causado por su carencia. El niño necesita a su padre y a su madre; cada uno aporta una dimensión afectiva y educativa difícilmente sustituible. Es cierto que en los casos de muerte de uno de los cónyuges, el otro habrá de asumir ambos roles; el que eso ocurra es inevitable en muchas ocasiones, pues ni siquiera aunque se volviera a casar, su cónyuge, sería el padre de los hijos anteriores. Es un logro de la sociedad actual incorporar al padre a las tareas del hogar; de ellas la más importante es la educación de los hijos. Resulta anacrónico dejar la educación de los hijos en manos de la madre y desentenderse de esa tarea para volcarse en exceso en el trabajo u otras labores. Cada hijo necesita a su padre y a su madre. Del padre aprenden el modelo de varón y de la madre el de mujer. Del cariño y la presencia de ambos recibe seguridad y así, cuando el padre o la madre faltan del hogar varios días por motivos laborales, un viaje al extranjero, etc. a su llegada a casa es recibida por los hijos con alborozo. La sociedad obliga a las familias a buscar alternativas para conjugar los apretados horarios profesionales, las dificultades para conciliar la vida profesional y laboral, etc. Comienza a darse el caso de empresas valoradas por organizaciones de familias por el esfuerzo que ponen para que sus empleados compaginen las tareas familiares y laborales: horarios flexibles, trabajo desde el hogar, etc.

No siempre es fácil armonizar los intereses, pero la dificultad no exime del esfuerzo por intentarlo; la empresa no es la prioridad máxima para muchas personas, sino que lo es su familia. Una empresa que, por sistema, penaliza la maternidad negando reducir la jornada, haciendo cambios de destino que obligan a no poder hacer uso, de hecho, de las horas de lactancia reconocidas, etc. provoca una reacción de rechazo en las mujeres que trabajan en ella y que desearían compaginar ambas tareas. Mujeres con excelente preparación universitaria, encuentran trabas, que se podrían solventar, para incorporarse a un mundo laboral rígido que se resiste a ganar en flexibilidad por no encontrar beneficios económicos directos en la adaptación; esa política de empresa, además de corta de miras, difícilmente generara una cultura de compromiso entre sus empleados. Otras, sí valoran la satisfacción de sus empleados y ponen los medios para facilitar, a quien lo desee, que armonice familia y trabajo. Así, se facilita que sean los padres quienes puedan enseñar al bebé facetas básicas, que de no ser así quedan en manos de terceras personas: cuidadoras, guarderías para niños recién nacidos, etc. que pueden ser profesionales excelentes pero que nunca lo harán con el cariño de unos padres.

ARMONIZAR VIDA LABORAL Y FAMILIAR

Es dudoso que escolarizar a todos los niños de 0 a 3 años sea lo mejor para un país; otra cosa es facilitarlo, para que nadie se quede sin la posibilidad de este servicio si lo requiere. Aprender de labios de los padres las primeras palabras, recibir durante horas el cariño de uno u otro cónyuge, aporta una seguridad en la formación de la persona que no tiene precio. Son muchos adultos los que hubieran deseado tener un trato más intenso con sus padres; en ocasiones era el trabajo, en otras las costumbres sociales u otras razones. No emitimos juicios sobre la generación anterior; quizá nadie les enseñó a hacer compatible trabajar y ser padre, o tuvieron que trabajar tantas horas que apenas les quedó tiempo para sus hijos. Ahora, es frecuente ver familias completas disfrutando juntos de

actividades en fin de semana; eso es un logro que se debe procurar mantener.

Por desgracia, es común ver en vacaciones cómo los padres con niños pequeños tienen que hacer equilibrios para atender a sus hijos; a veces en perjuicio de la convivencia de toda la familia unida. Las vacaciones se tienen que programar para cuidar a los hijos durante el largo verano. No hay soluciones fáciles a los problemas de la sociedad actual, pero una buena parte depende del empeño puesto en resolverlos, lo que guarda relación directa con la importancia que se les dan. Un ejemplo puede servir para entenderlo; a finales de la década de 1950, los rusos llevaban la delantera en la carrera espacial es Estados Unidos; eran los años de la *Guerra Fría* y el prestigio de cada una de las dos potencias estaba en juego. Cuando a comienzos de la década de 1960 el recién elegido presidente Kennedy anunció a la opinión pública que, antes de acabar la década, un norteamericano habría puesto los pies en la luna, sus colaboradores se echaron a temblar; estaban muy lejos de lograr ese reto. Se creó la NASA, se seleccionaron cientos de astronautas entre los pilotos de aviación, se contrataron miles de ingenieros, se proyectaron varias misiones Apolo con éxito diverso... En junio de 1969 millones de espectadores vieron como Neil Armstrong daba unos pasos por la luna. Todavía es más impresionante como, meses después, lograron que regresara una cápsula espacial con tres astronautas a bordo y que *técnicamente* se hubiera dicho que era imposible lograr.

Es la famosa misión del Apolo XIII, que no ha pasado a la historia por la meta inicial; de hecho su lanzamiento no fue emitido por ninguna cadena de televisión, sino porque la emergencia que se originó cuando estaban en órbita puso en jaque a miles de personas empeñadas en resolver lo que parecía imposible. Hay muchas cosas que son posibles o no, dependiendo de lo que esté en juego y de los medios que se pongan para lograrlo. Es importante poner ese énfasis, porque de poco sirve destacar la importancia de la familia, del papel de los padres en la educación afectiva de los hijos, si después no se facilitan los medios para que convivan los suficiente como para que esa educación se transmita *por contagio* que es el mejor sistema educativo que existe. Afirma Aurelio Fernández que

“el amor entre el hombre y la mujer es un valor excepcional de la antropología y, consecuentemente, en la biografía de cada persona. Pero tampoco es vano consignar que la expresión de ese amor es ambivalente, pues o eleva al individuo hasta cotas de perfección suma o le degrada hasta límites de indescriptible bajeza. De hecho, las páginas más brillantes de la literatura universal se han escrito para ensalzar el amor humano; pero también la literatura más sórdida ha descrito las aberrantes degradaciones del pretendido amor entre el varón y la mujer. Ahora bien, esa exaltación o, en su caso, el envilecimiento del amor que llenan la literatura universal de todos lo tiempos no es un fenómeno exclusivamente literario, sino que se corresponden con la expresión del amor en la existencia concreta del ser humano en todos los momentos de la historia”.

Estamos de acuerdo con su afirmación y sabemos que nos jugamos mucho en esta tarea. A amar no se aprende en la adolescencia; ese aprendizaje comienza en el seno materno; primero ya hemos comentado, con la experiencia de ser amado y después amando y siendo amado. Si tenemos en cuenta la abundancia de mensajes desenfocados que recibe un niño, habrá que poner especial empeño en asentar bien las bases para que no se deje arrastrar por la visión deformada de los mensaje que le impactan día a día. Como indica Fernández en el mismo artículo, “el amor no se «hace» como se elabora un instrumento, sino que se «vive»”. Señalaba Juan Pablo II que la pubertad y la adolescencia son “el momento del descubrimiento de sí mismo y del propio mundo interior; el momento de los proyectos generosos, momento en que brota el sentimiento del amor, así como los impulsos biológicos de la sexualidad, del deseo de estar juntos; momento de una alegría particularmente intensa, relacionada con el embriagador descubrimiento de la vida. Pero también es a menudo la edad de los interrogantes más profundos, de búsquedas angustiosas, incluso frustrantes, de desconfianza de los demás y de peligrosos repliegues sobre sí mismo; a veces también la edad de los primeros fracasos y de las primeras amarguras”. Dicho lo anterior no parece difícil encontrar respuestas a las preguntas que se hace Fernández: ¿Quiénes son los agentes de esta importante y urgente misión educativa? ¿Cuáles son sus ámbitos propios? Es decir, si se

concreta en la mera *información* de la vida sexual humana o si, por el contrario, su objetivo debe ser una verdadera *formación.* En ambas casos se trata de lograr que las personas se conduzcan de acuerdo con una vida sexual sana, conforme a la naturaleza sexuada –masculina y femenina– del ser humano. Aunque debieran ser los respectivos padres quienes asumen este empeño, la escuela tiene otros ámbitos en los que puede aportar educación de la sexualidad de los alumnos. En primer lugar, en el área de las Ciencias Naturales, en la asignatura de Biología que explica la anatomía y la fisiología propia del hombre y de la mujer; pero también en otras asignaturas. Lo ideal es que padres y escuela colaboren armónicamente en esa tarea formativa, dando prioridad a los padres en los aspectos más personas de esa formación y en la explicación personal de las cuestiones más intimas y delicadas del amor conyugal. En los casos en los que esa armonía no está contemplada, o sea difícil de lograr, por la variedad de familias que concurren en ella o por la ausencia de ideario del centro, lo mejor es que cada profesor se limite a su función; explicar lo que le corresponde sin extrapolaciones que pueden chocar con los criterios de algunas familias que llevan sus hijos al centro. Si la familia no es atendida mejor es porque o no se valora su labor o no importa el daño producido. El valor de cada hijo no es porque así se educan mejor entre varios, porque se socializan mejor, etc. Siendo lo anterior cierto, el argumento más importante es porque el valor de una vida humana no tiene precio. Para ser coherentes del todo con esta afirmación, hace falta preocuparse por los ya nacidos que están sin medios médicos, asistenciales, etc. Por aquellos que viven en condiciones precarias, sean desde el punto de vista material, cultural, emocional, etc. Por aquellos que pudieran nacer si la maternidad no fuera una carrera de obstáculos. Conseguir ese cambio de mentalidad significa pasar de una cultura de la muerte, como la que parece imperar en algunos países de occidente, a una cultura de la vida, en la que cada vida es recibida y valorada como lo que es, un don precioso que debemos cuidar.

XIV
RECUPERAR LA POTESTAD PERDIDA

Después de lo dicho sobre el valor de la familia, parece obvio que se precisa una mayor conciencia de los deberes-derechos de los padres. Es a los padres a quienes corresponde, por derecho natural, explicar a cada hijo el origen de la vida y la progresiva información de la vida sexual. La familia, por su contexto afectivo, es el lugar más idóneo para esa labor. Dice Bonete: “Esta tarea primaria de la familia implica para los padres el derecho a que sus hijos no sean obligados a asistir en la escuela a cursos sobre temas que estén en desacuerdo con las propias convicciones religiosas y morales. Es, en efecto, labor de la escuela no sustituir a la familia, sino ayudar a los padres, proporcionando a los niños y jóvenes una estima de la sexualidad como valor y función de toda la persona...”. Ante la agresión del contexto social, afirma: “se requiere por parte de los padres un doble cuidado: una educación preventiva y crítica de los hijos y una acción de valiente denuncia ante la autoridad. Los padres, individualmente o asociados con otros, tienen el derecho y el deber de promover el bien de sus hijos y de exigir a la autoridad leyes de prevención y represión de la explotación de la sensibilidad de los niños y de los adolescentes”.

La educación afectivo-sexual no es algo limitado a la adolescencia, sino que es de gran importancia la labor educativa de la familia desde los primeros años; la preparación remota comienza en la infancia. Al igual que la escuela tiene el derecho a exigir a los padres una mayor implicación en la vida escolar de sus hijos cuando las carencias que se detectan en el aula responden a omisiones de los padres: falta de material escolar, deberes sin hacer, conductas anti-sociales, etc. Con el mismo derecho, los padres tiene la capacidad de pedir a la escuela que no infiera en aquellas parcela que competen de manera principal y, en ocasiones exclusiva, a los padres. Si un profesor de infantil explicará a sus alumnos en público que no existen los reyes magos, o el papá Noel o lo que se celebre en cada lugar, los padres de esos niños tendían derecho a protestar, pues es a ellos a quienes les compete decidir cuándo y cómo dan

las explicaciones pertinentes a sus hijos, asegurándose que éstos no se convierten en transmisores a sus compañeros de una información prematura que una familia ha querido dar. Gustará más o menos, pero forma parte de la legítima libertad de cada familia el graduar esa información como lo considere oportuno, siempre que su conducta no afecte negativamente al mismo derecho que tienen otros padres de seguir otro ritmo de gradualidad en la información a sus hijos. Si las autoridades, al nivel que sea, se arrogaran ese derecho sobre los hijos, pretenderían anteponer el papel del estado al de la familia. Que la sociedad tiene un papel subsidiario se entiende bien en el caso de la atención sanitaria a los niños; si un hijo se pone enfermo con unas décimas de fiebre, quizá el padre o la madre se tengan que tomar un día de permiso laboral para atenderle; no parece probable que les vayan a enviar un funcionario para hacerlo. Sólo cuando el grado de enfermedad implica una zona de riesgo, y necesita atención médica, es cuando se acude al especialista. Esto que se entiende en el terreno sanitario y que ahorra muchos millones al erario público, con mayor razón debiera entenderse en facetas educativas que suponen entrar en zonas más delicadas de la intimidad infantil. Si un profesor u otra persona enviada por la administración, pretendiera explicar esas cuestiones –en ocasiones de forma brutal y obscena; por desgracia es así– a un hijo, los padres tienen que negarse. Si no les fuera reconocido ese derecho, al menos deberán ser avisados con antelación de esa información y poder negarse a que su hijo la reciba. A la vista de los resultados obtenidos en los informes internacionales correspondientes, parece obvio que la escuela tiene una tarea académica abundante por delante, como para que se dedique a esos menesteres. No es una simple cuestión de prioridad de dedicación de tiempo; es mucho más profundo, hay una prioridad de derechos y no respetarlos es un abuso de autoridad al que unos padres deben resistirse.

Hemos comentado anteriormente, sin entrar en disquisiciones, que la potestad y la autoridad se distinguen con claridad en el terreno jurídico. El origen de esos ámbitos guarda relación, pero no son idénticos. La potestad es la capacidad jurídica de los padres para velar por sus hijos menores de edad. Es un derecho-deber que fue

reflejado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, escrita como consecuencia de la amarga experiencia del nazismo que los vulneró, tampoco fueron respetados en los países comunistas. Ahora no los son en estados que no respetan los derechos de cada persona y familia; en algunos casos por olvidar que el estado en ese ámbito tiene una misión subsidiaria y de tutela. Hay madres y padres que, por dejación de derechos, no reclaman su legítima potestad; otros se inhiben ante sus obligaciones. Recuperar las legítimas competencias de los padres es urgente; ninguna autoridad tiene potestad para usurpar ese derecho a los padres; esta afirmación se apoyan en los artículos 12, y 26 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos; algunas actuaciones no respetan ese derecho inalienable. Señalamos algunos artículos vulnerados con frecuencia; el artículo 12, apartado 3, dice: “La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del estado”. El artículo 26, en el apartado 3, señala: “Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos”. Otros documentos de rango internacional se hacen eco de esos derechos, que también lo serían aunque no fueran recogidos por la legislación, pues su fundamento está en la dignidad de la persona. Si los hijos son menores de edad, la obligación de velar por el respeto de esos derechos recae en sus padres. Si resulta duro este texto, quizá valga la pena recordar la afirmación de Séneca cuando decía: “prefiero molestar con la verdad que complacer con adulaciones”.

CÓMO RECUPERAR LA POTESTAD

Para recuperar el ejercicio de esos derechos, los padres pueden asociarse, o dar su apoyo a organismos que los defienden. Sólo si los padres exigen sus derechos, frenarán el frecuente ataque a la integridad moral que sufren sus hijos. No cabe escudarse en las ocupaciones; los modos de hacer valer los derechos son diversos, pero es obvio que requieren esfuerzo. Si algunas autoridades han invadido esos derechos, se debe en parte a la pasividad de muchos padres, que se han limitado a quejas aisladas o poco eficaces, en

lugar de optar por vías efectivas y comprometidas. No basta quejarse en privado sin poner los medios para evitar esa agresión.

FUNDAMENTO DE LA AUTORIDAD

La razón por la que los padres ejercen la autoridad es para lograr el máximo desarrollo que su hijo pueda alcanzar. Platón definió la educación como: “dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que son capaces”. Aristóteles completó esa idea añadiendo un componente moral: dice que educar es “dirigir los sentimientos de placer y dolor hacia el orden ético”. La autoridad no es un fin en sí mismo, sino que la exigencia tiene como meta el que los hijos alcancen la madurez precisa para ejercitar su libertad de modo responsable. La responsabilidad incluye asumir las consecuencias derivadas de los actos libres. La autoridad se apoya en el cariño y la coherencia; la autoridad moral el niño la reconoce de inmediato, incluso antes de saber razonarlo. Para poder decir con firmeza NO, es preciso haber dicho nueve veces SI, con la generosidad de darse a los hijos, ordinariamente en el día a día. Esto puede parecer complejo, pero en la práctica no lo es; primero se educa con lo que se es, en segundo lugar con lo que se hace y sólo después con lo que se dice. Si un padre o una madre viven lo que piden a sus hijos, es fácil que éstos se eduquen por contagio en el ambiente fértil conseguido. Luego, en la práctica, no siempre es tan sencillo; el egoísmo personal de un adolescente, puede llevarle a ver la entrega de sus padres y no seguir su ejemplo, pues la libertad es real y no siempre hará buen uso. Quizá el hijo no haga por iniciativa propia lo que ve hacer a sus padres, pero tendrá menos motivos de queja que si ellos hacen lo contrario de lo que le piden a él. En todo caso, los hijos sabrán lo qué está bien y lo qué está mal. Lo peor es no tener puntos de referencia; si fuera así están en la situación reflejada en *Alicia en el país de las maravillas;* cuando Alicia le pregunta al gato hacia dónde debe ir, el gato le responde que depende de a dónde quiera llegar. Al responder la niña que eso da lo mismo, el gato concluye: “Entonces, da igual el camino que escojas”.

EJERCITAR LA AUTORIDAD DESDE LA INFANCIA

Al niño se le educa desde la cuna; eso lo saben bien todos los padres. El niño tiende a reclamar atención, objetos, etc. Al decir niño, se entiende que la expresión sirve para ambos sexos. Sólo los padres débiles se rigen por el criterio dar a los hijos según las peticiones de éstos. El niño puede aprovechar situaciones excepcionales para hacer *chantaje* a sus padres; debe conocer con claridad los límites que nunca debe sobrepasar; por ejemplo insultar a su madre. Si no fuera así, lo deseable es que el padre hable con él y le deje clara la gravedad de su actuación y que nunca hay motivos para repetir esa actuación. Si la madre no insulta al hijo al corregirle, éste entenderá mejor la explicación. Si, por desgracia, los padres se insultaran entre ellos los argumentos pierden peso y aunque sea real que el hijo debiera no caer en el mismo error, es difícil que actúe con la madurez que requiere el caso.

XV
FORMARSE PARA ORIENTAR A LOS HIJOS

Resulta indudable que una buena formación afectivo-sexual se da en un contexto, trazado en alguna medida en las páginas anteriores. Pretender buscar recetas para solventar una situación es *pan para hoy y hambre para mañana.* La buena formación y las cualidades precisas para amar mucho y bien no se improvisan. Hay circunstancias que no está en nuestra mano gobernar, pero formarse bien y poner los fundamentos para que los hijos crezcan en una familia sana, corporal y espiritualmente, sí depende en buena parte de cada uno de nosotros. Lo mismo que para saber de *fórmula uno* hay que estar al día de las noticias, leer periódicos deportivos o alguna revista de coches... hace falta aprender a educar y, para que salgan con naturalidad explicaciones acertadas, hace falta buena formación. Otros autores destacado algunos rasgos de la educación sexual, Bonete señala varios que encuadran bien las posibles conversaciones: educación personalizada, uno o uno, mejor si es la niña con la madre y el niño con el padre; conversación en un clima de diálogo confiado; es preferible que sean ellos los que pregunten porque así respondemos a sus inquietudes y porque si pregunta es porque tiene la confianza para hacerlo. Se tiene que notar sintonía en la conversación, que el diálogo no va a trancas y barrancas, sin la fluidez propia de la conversación propia de un diálogo confiado. La sexualidad humana no es igual que la de los delfines u otros mamíferos; por tanto, la perspectiva moral o ética estará presente como lo está en otras dimensiones del actuar humano. Se puede conjugar la claridad en la exposición con la delicadeza, de forma que se explique todo lo que sea preciso sin crear efectos negativos. Por ejemplo, es lógico responder a su natural curiosidad, pero sería erróneo utilizar material gráfico que excitara las pasiones o la morbosidad. Dar muchos detalles suele ser contraproducente, como lo es retrasar las conversaciones oportunas. Los niños, en la infancia, tienen más interés por conocer el origen de la vida que por saber detalles concretos del acto unitivo. En circunstancias ordinarias, entre los

cinco años y el comienzo de la pubertad, el periodo que aquí nos corresponde tratar, debiera ser un periodo de serenidad en el que sus intereses están mucho más centrados en otras cuestiones. Lo ordinario debiera ser que, aun siendo conscientes de las diferencias sexuales entre ambos sexos, no muestran excesivo interés por conocer detalles concretos. Si lo preguntan, es importante saber si lo hacen con la inocencia que corresponde a la edad que tratamos o si sus preguntas son fruto de conversaciones escuchadas, explicaciones recibidas o experiencias propias o/y ajenas. En cualquier caso, no hay que agobiarse por lo que puedan preguntar. Durante la conversación podremos ver el calado de su interés y si la conversación debe ahondar mucho o poco. Es mucho más importante que sepan la radical diferencia entre lo que ocurre en el lecho conyugal de un buen matrimonio de lo que hace una pareja en una zona oculta de un parque. La realidad fisiológica es similar, pero antropológicamente hay notable diferencia entre ambas situaciones. Si la información que reciben es acertada, no se avergonzarán de sus padres; si la reciben mal orientada, por un mal enfoque o por deformación previa, su comprensión no será la adecuada. Ojalá pudiera ejercerse el derecho a la protección de la infancia y a que no roben esos años a los niños; pero hemos dicho que occidente en muchos lugares está enfermo; en la práctica, son muchos los casos en los que reciben información poco adecuada. Poner los medios para que el uso de las nuevas tecnologías, etc. sea el adecuado es un medio elemental de prudencia. No vamos a entrar en comparar qué es más o menos importante, pero sólo un irresponsable conduce el coche sin seguro y si lleva niños, sin el adecuado sistema de seguridad. Si para salvaguardar la salud ponemos esos medios, el mismo empeño hay que poner para cuidar su formación. Recientemente manifestaba una niña de once años no tener ningún interés por ver un programa de televisión que ven la mayoría de sus compañeras de curso. El tono moral del contenido de ese programa es como para abochornar a un adulto con formación; mejor si no lo ve, y más si es por iniciativa propia, pero debemos saber que se mueve en un entorno contaminado, en el que muchos de sus compañeros y compañeras ven a los once años manifestaciones de sexualidad desordenadas y una afectividad mal enfocada. Debemos

saber que se mueve en ese entorno porque, mucho o poco, le acabará influyendo. De ahí que en ocasiones es preferible adelantarse a dar la formación necesaria a correr el riesgo de llegar tarde. Forma parte de esa formación el que estén preparados para negarse a ver lo que no procede o a escuchar lo que no conviene; con la valentía del que sabe que hace lo acertado; con la tranquilidad de saber que cualquier duda la pueden consultar con sus padres con confianza.

Dentro de esa formación que deben tener los padres, está saber qué programas de televisión, revistas, videojuegos, películas, etc. están en el candelero en el ambiente en el que viven sus hijos. Además de saber lo que otros ven, es bueno saber que películas, libros, etc. ayudan a una visión positiva de la familia, de la amistad entre personas del mismo o distinto sexo, que desarrollen valores como la generosidad, el esfuerzo por servir a los demás, etc. La formación rara vez se deberá detener en el fango sino que se orientará hacia todo lo positivo que podamos fomentar entre los hijos y su entorno. Es lógico saber en qué curso, normalmente al final de la Primaria, se trata la reproducción humana. Si no tenemos la seguridad moral de que el tema va a ser bien tratado por el profesor de ciencias, es preferible adelantarse, con naturalidad, a leer ese tema con el hijo. Además, el nivel de explicación del profesor es complementario al de los padres; el profesor lo explicará con la claridad y delicadeza propia de algo que hace referencia a la intimidad de las personas; sabiendo que la dignidad que requiere su explicación es de otro rango a la clase en la que hable de la procreación entre los delfines; entre otras razones porque no somos un eslabón más en la cadena genética de los mamíferos. Pero los padres, a esa explicación del profesor, añaden el componente antropológico propio del tratamiento del acto conyugal en el matrimonio.

Teniendo en cuenta que en España el 70% de los padres cuyos hijos estudian Primaria piden clases de religión para sus hijos, tendremos que saber si el tema lo tratan al explicar los mandamientos de la ley de Dios, o con otro motivo. Si faltara fidelidad a la doctrina de la Iglesia, en el caso de asistir a clases de religión católica, lo lógico será que pidamos coherencia al profesor

con lo que dice la Iglesia Católica, pues esa es la razón por la que da clases, que los padres han pedido esa enseñanza, no la suya particular. En todo caso, si por falta de experiencia u otras razones, se abordan cuestiones que exceden lo que un niño o una niña de primaria debiera saber, tendremos que corregir lo que sea preciso. Un principio básico es: para ayudar a una persona obsesionada con el erotismo no es lícito *destrozar una rosa*; no siempre se respeta este principio y, en ocasiones, la explicación va más allá de lo necesario. Responder a las preguntas retorcidas de un alumno maleado, es de notable ingenuidad o malicia, por el grave daño que se causa al resto.

Los padres o educadores para ayudar a los menores a su cargo, necesitan una buena formación antropológica para comprender al ser humano en su dignidad y singularidad; además es preciso conocer bien el ambiente en el que se mueven los hijos, para no caer en la ingenuidad de facilitarles medios que puedan hacerles daño; los aparatos que entran en el apartado genérico de nuevas tecnologías, deben estar en lugares de uso común de la casa. Que con ocho años no haya hecho mal uso de la televisión en su habitación, no es razón para mantenerla; si la habitación se limita a ser dormitorio y posible lugar de estudio, hemos ganado mucho. Por la misma razón que no dejamos que el hijo tenga frigorífico dentro de su habitación, tampoco tiene otro tipo de aparatos que no sean necesarios, entre otras razones porque si en su habitación tiene de todo, es fácil que se aísle y el hogar termine por parecerse a zona de apartamentos con servicios comunes. Entre ver un partido de fútbol uno solo y en su habitación a verlo con sus hermanos y padres en la sala de estar, hay notable diferencia. Como es lógico, no pretendo imponer esos puntos de vista; pero, la experiencia de miles de horas dedicadas a la tutoría con niños y adolescentes, lleva a pensar que las razones señaladas tienen fundamento. Para aprender a enfocar la educación sexual en un contexto amoroso, resulta de gran utilidad el libro de Javaloyes que incluimos en la bibliografía final; es sencillo y claro. Si el lector quiere explicaciones detalladas, las tiene en el libro: *¡Por favor, háblame del amor!* de Inés De Pèlissie Du Rausas. En ese libro, la autora conjuga un buen planteamiento antropológico con muchos detalles prácticos.

CASOS ESPECIALES

Cada vez es más frecuente encontrarse con situaciones que ojalá no se hubieran dado, pero que se dan. Las causas son variadas y algunas ya las hemos enunciado: la crisis de valores, el hedonismo, la visión deformada de la sexualidad, algunas campañas que tratan del uso hedonista del sexo, las posibles consecuencias de convivir en la misma casa de hijos provenientes de dos familias rotas que se han unido: padres divorciados que se vuelven a casar, etc. Una conocida serie de televisión española reflejaba las posibles situaciones que se pueden dar. La casuística es amplia y se trata de contemplar todas las posible fuentes de confusión para un niño o una niña. Si bien hemos dicho que desde los cinco años hasta la pubertad debiera ser una época en la que la sexualidad tiene poco protagonismo y sí la educación afectiva, en la práctica nos encontramos con un fuerte analfabetismo emocional, confusión de las manifestaciones afectivas propias de cada situación y la agresividad de un ambiente cargado de erotismo. De ahí que lo que debieran ser casos especiales, comienzan a ser frecuentes.

Para esas situaciones u otras parecidas puede servir el siguiente suceso, ocurrido durante una conferencia a tutores de colegios en un país de Latinoamérica. El ponente explicaba algunos rasgos de la misión del tutor en la vida escolar, cuando una señora hizo la siguiente pregunta:

—Profesor, ¿cómo saber si una es la persona adecuada para entrar en la intimidad de una niña y provocar la confidencia de un suceso doloroso y quizá su desahogo en llanto?

El profesor no esperaba una pregunta de ese calado e hizo unas referencias al grado de necesidad, confianza, delicadeza, etc. Siguió la sesión y al terminar, cuando salía el profesor del auditorio donde había tenido lugar el acto, coincidió en el pasillo central con la profesora que había preguntado; se apreciaba que era una persona con marcados rasgos indígenas, probablemente andinos, una forma de vestir humilde, sencilla y digna. El profesor, que no esperaba encontrarla en el pasillo, le comentó: “profesora, me ha gustado su pregunta, pues denota finura para tratar casos complejos”. La profesora, que tampoco esperaba el comentario, respondió del

siguiente modo: “vera profesor, yo antes de cada entrevista, le pido al Espíritu Santo que añada a lo que yo diga aquello que debiera haber dicho y no he dicho, o quite de lo que he dicho aquello que no debiera haber comentado”. El ponente no hizo ningún comentario; meses después, contaba que desde entonces, él había tratado de seguir esa pauta en las entrevistas con padres y que sólo lo conseguía una tercera parte de las veces. Entiendo que este suceso, servirá más para creyentes que para los que no lo son, pero para todos es válido el deseo de esa profesora de ayudar sin hacer daño y ante la dificultad para acertar en casos complejos pedir ayuda, en ese caso del cielo.

XVI

PAUTAS PARA POSIBLES CONVERSACIONES CON LOS HIJOS

Estas charlas, aunque haya hijos de edades parecidas, es preferible tenerlas a solas con cada uno, con cada una; es más fácil abordar cuestiones íntimas de modo personal. En el libro de Rumer Godden titulado *El Río*, hay un momento en el que la madre llama a su habitación a dos hijas, de 9 y 11 años, al considerar que debe explicarles el origen de la vida. La pequeña hace preguntas, sin malicia, que dan vergüenza a la mayor; se aprecia bien que esa conversación hubiera sido mejor tenerla con cada una por separado. El lector no debe buscar en las páginas siguientes un discurso elaborado, sino ideas a las que él dará forma según las circunstancias concretas que concurren en cada hijo/a.

LA CULTURA DE LA VIDA. UNA CONVERSACIÓN SOBRE EL EMBARAZO, CON HIJOS DE 6-7 AÑOS

Con ocasión del embarazo de la madre, de una vecina..., es posible suscitar esta conversación para explicar al hijo cómo vive *el bebé* en el vientre de la madre. Aunque técnicamente se llama embrión al no nacido desde la fecundación hasta la octava semana de vida y feto, a partir de esa semana hasta el nacimiento, lo habitual es llamarle bebé, sin distinciones temporales; lo normal es decir *que mamá* espera *un bebé;* cuando una madre habla con otra persona adulta dice que está embarazada o esperando un hijo. La explicación que viene a continuación no es un guión; en el fondo y en la forma se debe adaptar a la edad del oyente; como no es un discurso sino un diálogo, al hilo de las preguntas del hijo se aprecia su nivel de interés y de comprensión. La explicación al ser dialogada, quizá no siga el orden lógico de la gestación; el objetivo es hacer ver la vida que late en el vientre materno.

Esa conversación puede comenzar así:

—Mamá, ¿me dejas poner la mano encima de tu tripa para ver si noto al bebé? Me han dicho que, a veces, dan pataditas dentro de la tripa.

—Si quieres te explico tu historia desde que comenzaste a vivir hasta que naciste.

—Vale.

—Una vez que papá pone la semilla en el vientre de mamá, algunas veces una de las partes de la semilla entra dentro de una cosa que tiene la mamá y tiene lugar el inicio de una nueva vida. Cuando esto se produce, comienza un viaje por dentro de mamá hasta llegar al lugar donde procura anidar, como poner un nido, ese nuevo ser; se dice anidar porque es como un pequeño nido o como una pequeña cuna en donde el bebé se desarrollará. A las tres semanas podremos comprobar que el latir del corazón, más rápido que el tuyo y el mío; poco a poco el ritmo de sus latidos va disminuyendo. El bebé comienza a moverse dentro de esa bolsa que tiene mamá y que sirve para almacenar el alimento del bebé, además de protegerlo. Cuando tiene algo más de dos meses, se le empieza a formar la cara, los pies, las manos, etc. Es como si diera saltos de gigante en su crecimiento. Con poco más de tres meses ya se agita dentro de mamá si ella pasa junto a un sitio donde hay una música muy fuerte.

—Pero mamá, ¿y pataditas cuándo empieza a dar?

—Bueno, no todos se comportan exactamente igual, pero ya a partir de los cinco meses se notan en el vientre esas pataditas; a veces el bebé cambia de postura dentro, otras se mueve... mientras tanto, se ha desarrollado su cerebro a saltos de gigante. Desde los tres meses es capaz de chuparse el dedo gordo y por supuesto, se alimenta, duerme...; algunos científicos piensan que ahora el bebé es capaz de soñar, pero no sueña con imágenes porque todavía no ha visto nada; a partir del quinto mes es capaz de llorar. Como ves, crece rápido y poco después, si se mirá con un aparato lo que pasa dentro del vientre, se ve que ya tiene uñas.

El que su madre hable al bebé le tranquiliza a éste, así como le perjudica si mamá toma drogas, etc. Un bebé es muy delicado y por eso las madres deben tener cuidado para tratarlo bien; muchas

madres dicen que no se les ha olvidado la primera vez que sintieron moverse al bebé en su vientre.

PARA CONVERSAR CON UN HIJO/A ANTES DE LOS 8 AÑOS

No es el objetivo de éstas líneas llegar al detalle de cada conversación, sino sugerir pautas que pueden servir de orientación. El criterio de los padres y las preguntas de cada hijo, marcará el rumbo de unas conversaciones que pueden dejar la huella imborrable de una explicación cierta y adecuada a la edad de los hijos, hecha desde el amor y sobre el amor.

Enseñar el modo de vestir adecuado a cada situación forma parte de la tarea cotidiana; no es lo mismo ir a la playa que ir a casa de un amigo; si se debe corregir a una hija por el modo de vestir es preferible hacerlo a solas.

En algunos ambientes se ha difundido una falsa naturalidad en el enfoque del modo de estar en casa; es cierto que es la intimidad del hogar, pero la casa no es igual que la habitación personal; no todo sirve para todos los lugares. El diccionario relaciona el término pudor con otros como: decencia, decoro, honestidad y recato. Hay también una intimidad de sentimientos, que cuidamos al hablar con otras personas; el grado varía según la confianza. Cubrir con ropa el cuerpo, especialmente las partes más intimas, es una tendencia natural que manifiesta el respeto a uno mismo y a los demás. Lo mismo que en otras áreas de la personalidad hay grados, según el nivel de intimidad con las otras personas. El ámbito familiar debe reflejar esta convicción; el niño a partir de una edad tiende a cuidar su intimidad física y sólo si le acostumbra a lo contrario, actuará de otra forma. Es evidente que hay un componente educativo, además de la tendencia natural hacia la intimidad. Un chico o una chica, a partir de cierta edad, se siente incómodo viendo a sus padres o hermanos desnudos, de ahí que proceda cuidar el modo de vestir tanto en los lugares públicos como en la intimidad familiar. Es una medida de prudencia elemental para no dar pie al instinto sexual desordenado. Si por defecto o por exceso, un hijo o una hija no lo vive bien, podemos pedir consejo a una persona de buen criterio para que nos ayude a encontrar el modo adecuado de enfocarlo.

En ocasiones, es la costumbre generalizada o la falta de comprensión correcta del algún aspecto lo que procede aclarar. Las conversaciones sobre la sexualidad con los hijos empiezan con naturalidad, partiendo de realidades sencillas y evidentes para él, como por ejemplo: ¿por qué los niños tienen pene y las niñas no? Es fácil que con ocasión del embarazo de una persona del entorno familiar, el niño o la niña pregunte algunas cuestiones elementales: ¿dónde está el bebé?, ¿cómo ha entrado?, ¿por dónde sale? Se le debe contestar siempre con la verdad, adaptando la explicación a su edad. Es importante que entienda que los hijos son fruto del amor de sus padres; esa idea es más importante que los detalles fisiológicos de cómo se hace. Hay ocasiones que lo que frena al hijo a preguntar, no tanto el contenido sino el vocabulario que él domina; en ese caso, se le debe animar a preguntar con sus palabras y luego enseñarle el modo adecuado de referirse a esa parte del cuerpo, a esa acción, etc. Esta suave progresión puede romperse por factores externos a la familia: una escena inesperada en la televisión, el comentario de un compañero de clase, un chiste verde que cuentan con ingenuidad, el insulto a un compañero que refleja una situación difícil de explicar, etc. Sería estupendo seguir un plano ascendente perfecto, pero pocas veces es posible. Hay ocasiones en la que un tema surge y requiere una primera explicación, para después, con calma, continuarla hasta lograr la comprensión. Desconcierta a los niños y niñas de 7 u 8 años el uso de palabrotas; han oído muchas con connotaciones sexuales, aunque no saben explícitamente cuál; entienden que no deben usarlas pero, de hecho, muchos lo hacen y se pueden encontrar con la sorpresa de haber insultado a la madre de un amigo sin ser conscientes de lo que decían. En torno a esa edad, acuden al diccionario a buscar el significado de las palabrotas que les llaman la atención; muchas veces no entienden la explicación y recurren a los padres, en ocasiones en plena conversación sobre otro tema, para preguntar el significado. El influjo del medio ambiente puede hacer que la información entre chicos de la misma edad sea muy distinta. La idea que suelen tener del origen de los hijos es muy confusa; saben que se desarrolla en el vientre de mamá, pero a veces ignoran cómo ha comenzado esa vida; algunos piensan que tiene relación con el

modo de besarse que han visto en los medios de comunicación. Suele bastar una explicación sencilla que se ampliará con el tiempo. Les desconcierta saber que se pueden tener hijos sin estar casados y se sorprenden la primera vez que oyen hablar de una madre soltera. Más que ofrecer casuísticas, se trata de resolver sus dudas con naturalidad. Las situaciones especiales que se puedan dar, conviene tratarlas con un experto, que nos aconsejen sobre la importancia que debemos darles y el modo concreto de abordarlas. Un criterio acertado es decir lo que está bien y lo que está mal, pero explicando que sólo se juzgan hechos, no personas. Esto conviene hacérselo ver despacio, hasta que lo comprendan bien.

IDEAS PARA CONVERSACIONES CON HIJOS/AS DE 10-12 AÑOS

Es una buena edad para explicar el sentido del matrimonio; una realidad querida por Dios para que cada nueva vida pueda ser acogida con cariño; que además el amor entre los esposos se manifiesta en el sacrificio mutuo y en detalles de cariño conyugal. La procreación es una participación del poder creador de Dios, en la que los padres colaboran en cada vida nueva que se genera en el matrimonio. Dios ha unido un placer lícito en la generación para facilitar el sacrificio que supone la gestación y cuidado de los hijos; ese placer lícito que acompaña al acto conyugal no hay que mirarlo con malicia, pues está puesto por Dios en la naturaleza humana. Diferente es buscar ese placer fuera del matrimonio. Entre el acto conyugal del matrimonio y el que se realiza fuera de él hay una diferencia esencial, aunque físicamente se parezcan. Como la sexualidad está desenfocada en la calle, es lógico que resulte difícil entenderla en algunos casos; por eso, es importante saber diferenciar entre la bondad que Dios quiso dar al sexo en el matrimonio y el mal uso que podemos hacer las personas. La mujer, por su constitución psicológica, no siempre entiende la fuerza de la pasión y del instinto en el varón: de ahí que algunas mujeres no se den cuenta del daño que hacen; pueden vestir mal pensando enamorar a los hombres y lo que hacen es excitar el instinto de sexual de éste. Si lo hace a sabiendas, lo que busca es provocar.

A esa edad los hijos tienen una natural curiosidad, a veces pícara, por conocer temas referentes al sexo. Pasan de los chistes *marrones* a los *verdes* aunque no los entiendan bien. Las conversaciones entre amigos pueden caer en la malicia. Algunas personas no han tenido la suerte de recibir una buena formación de labios de sus padres y se han forjado una imagen torpe de la sexualidad; es mejor no intervenir en conversaciones en las que se comentan estos temas de forma burda. Lo mismo que con un niño pequeño hay que tener cuidado con los objetos de cristal y con medicamentos, para que no estén a su alcance; a esta edad puede perjudicarles alguna enciclopedia, videos, revistas, etc. Es preferible decir a los hijos que lo que quieran saber lo pregunten directamente a sus padres. Si ellos omiten esta responsabilidad grave sus hijos recibirán las explicaciones de terceras personas, a las que puede faltar formación y delicadeza.

Lo más importante de la educación sexual no es la información fisiológica. Unos padres responsables verán cómo aborda el libro de Ciencias Naturales esta cuestión y comentarán con sus hijos lo que consideren oportuno; puede ser útil apoyarse en las explicaciones fisiológicas para llegar a las antropológicas, que no suelen venir en los libros de texto. Cuando un hijo o hija pregunta algo es porque se lo ha planteado; los padres perciben fácilmente cuándo esa duda se ha fraguado en su mente o la ha recibido de otros. No hay que mentirle nunca, aunque es oportuna la progresión en la explicación; se debe procurar conjugar claridad y pudor en las respuestas. Aunque la entrada en la pubertad depende del desarrollo físico, conviene adelantarse en la explicación de sus manifestaciones; así se evita que se encuentren con cambios que les causen sorpresa y desconcierto y busquen explicaciones en fuentes poco idóneas. Que el sexo es una realidad que forma parte de la naturaleza humana no significa que todo sea válido; a los animales el instinto les marca las pautas; a las personas es la inteligencia quien nos ayuda a descubrir lo adecuado a la dignidad humana. Si se omiten medidas de prudencia elementales al usar Internet u otros medios de comunicación, es probable que algún hijo quede afectado negativamente.

Las chicas, al tener un ritmo de maduración emocional y fisiológica más adelantado que los varones, requieren una explicación anterior a éstos. Si las conversaciones se tienen con el clima de confianza y de intimidad que el tema requiere, la relación entre madres-hijas gana en fluidez. Aunque los hijos sean pequeños, es importante ser delicados al hacerles preguntas, para evitar que sientan invadida su intimidad con preguntas que consideran poco acertadas. Lo mejor es que al hijo varón le dé las explicaciones el padre y que a las hijas sea la madre; la razón es que cada uno entiende mejor lo que siente la persona del mismo sexo. La experiencia indica que a veces será uno, generalmente la madre, quien tome la iniciativa para hacerlo si el otro se muestra reticente a hacerlo. Es mejor llegar un año antes que un día tarde. Entiendo que algunas personas busquen ideas más concretas para saber aconsejar cómo abordar estos temas con los hijos. Pienso, sin embargo, que con las ideas expuestas se logra poner los fundamentos de una buena explicación. El esfuerzo personal por acertar y el cariño al hacerlo, logran hacer realidad una frase de Dickens que condensa mucha sabiduría: “El corazón humano es un instrumento de muchas cuerdas; el perfecto conocedor de los hombres las sabe hacer vibrar todas, como un buen músico”.

XVII
TEXTOS PARA PENSAR

Sin pretender suplir la lectura completa de los textos, recogemos algunos párrafos de textos especialmente significativos. Ofrecemos una breve selección de párrafos. Partimos, en una escala descendente, de la emergencia educativa que supone la ruptura de la cadena de transmisión de valores esenciales en la vida de generaciones anteriores a la actual. Un lugar destacado lo ocupa la educación para el amor, por el peso que tiene en la felicidad personal, la adecuada educación de la afectividad, el lograr dar ideas para educar la esfera afectivo-sexual; terminamos con un artículo que comenta una *carta al director* encontrada por la autora en una publicación. Entendemos que aunque no se comparta en plenitud la fe cristiana, conocer los textos recogidos puede ayudar al lector en su búsqueda de lo mejor para sus hijos. Como los autores citados son personas de prestigio intelectual parece razonable conocer lo que dicen; el lector tiene la libertad de leer los textos que considere oportunos. Así, sin agotar el tema, queremos ofrecer estas reflexiones.

BENEDICTO XVI

Benedicto XVI. Discurso a la Asamblea general de la Conferencia Episcopal Italiana, (27 de mayo de 2010). La selección de párrafos del discurso está hecha por el autor. La referencia a la fuente del discurso permite que, quien lo desee, lo lea completo.

"(...) En continuidad con el camino indicado por el concilio Vaticano II, y en particular con las orientaciones pastorales del decenio que acaba de concluir, habéis decidido escoger la educación como tema fundamental para los próximos diez años. Ese horizonte temporal es proporcional a la radicalidad y a la amplitud de la demanda educativa. Y me parece necesario ir a las raíces profundas de esta emergencia para encontrar también las respuestas adecuadas a este desafío. Yo veo sobre todo dos. Una raíz esencial consiste, a mi parecer, en un falso concepto de autonomía del hombre: el

hombre debería desarrollarse sólo por sí mismo, sin imposiciones de otros, los cuales podrían asistir a su autodesarrollo, pero no entrar en este desarrollo. En realidad, para la persona humana es esencial el hecho de que llega a ser ella misma sólo a partir del otro, el «yo» llega a ser él mismo sólo a partir del «tú» y del «vosotros»; está creado para el diálogo, para la comunión sincrónica y diacrónica. Y sólo el encuentro con el «tú» y con el «nosotros» abre el «yo» a sí mismo. Por eso, la denominada educación anti-autoritaria no es educación, sino renuncia a la educación: así no se da lo que deberíamos dar a los demás, es decir, este «tú» y «nosotros» en el cual el «yo» se abre a sí mismo. Por tanto, me parece que un primer punto es superar esta falsa idea de autonomía del hombre, como un «yo» completo en sí mismo, mientras que llega a ser «yo» en el encuentro colectivo con el «tú» y con el «nosotros».

La segunda raíz de la emergencia educativa yo la veo en el escepticismo y en el relativismo o, con palabras más sencillas y claras, en la exclusión de las dos fuentes que orientan el camino humano. La primera fuente debería ser la naturaleza; la segunda, la Revelación. Pero la naturaleza se considera hoy como una realidad puramente mecánica y, por tanto, que no contiene en sí ningún imperativo moral, ninguna orientación de valores: es algo puramente mecánico y, por consiguiente, el ser en sí mismo no da ninguna orientación. La Revelación se considera o como un momento del desarrollo histórico y, en consecuencia, relativo como todo el desarrollo histórico y cultural; o –se dice– quizá existe Revelación, pero no incluye contenidos, sino sólo motivaciones. Y si callan estas dos fuentes, la naturaleza y la Revelación, también la tercera fuente, la historia, deja de hablar, porque también la historia se convierte sólo en un aglomerado de decisiones culturales, ocasionales, arbitrarias, que no valen para el presente y para el futuro. Por esto es fundamental encontrar un concepto verdadero de la naturaleza como creación de Dios que nos habla a nosotros; el Creador, mediante el libro de la creación, nos habla y nos muestra los valores verdaderos. Así recuperar también la Revelación: reconocer que el libro de la creación, en el cual Dios nos da las orientaciones fundamentales, es descifrado en la Revelación; se aplica y hace propio en la historia cultural y religiosa, no sin errores, pero de una

manera sustancialmente válida, que siempre hay que volver a desarrollar y purificar. Por tanto, en este «concierto» –por decirlo así– entre creación descifrada en la Revelación, concretada en la historia cultural que va siempre hacia adelante y en la cual hallamos cada vez más el lenguaje de Dios, se abren también las indicaciones para una educación que no es imposición, sino realmente apertura del «yo» al «tú», al «nosotros» y al «Tú» de Dios.

Por tanto, son grandes las dificultades: redescubrir las fuentes, el lenguaje de las fuentes; pero, aun conscientes del peso de estas dificultades, no podemos caer en la desconfianza y la resignación. Educar nunca ha sido fácil, pero no debemos rendirnos: faltaríamos al mandato que el Señor mismo nos ha confiado al llamarnos a apacentar con amor su rebaño. Más bien, despertemos en nuestras comunidades el celo por la educación, que es un celo del «yo» por el «tú», por el «nosotros», por Dios, y que no se limita a una didáctica, a un conjunto de técnicas y tampoco a la transmisión de principios áridos. Educar es formar a las nuevas generaciones para que sepan entrar en relación con el mundo, apoyadas en una memoria significativa que no es sólo ocasional, sino que se incrementa con el lenguaje de Dios que encontramos en la naturaleza y en la Revelación, con un patrimonio interior compartido, con la verdadera sabiduría que, a la vez que reconoce el fin trascendente de la vida, orienta el pensamiento, los afectos y el juicio.

Los jóvenes albergan una sed en su corazón, y esta sed es una búsqueda de significado y de relaciones humanas auténticas, que ayuden a no sentirse solos ante los desafíos de la vida. Es deseo de un futuro menos incierto gracias a una compañía segura y fiable, que se acerca a cada persona con delicadeza y respeto, proponiendo valores sólidos a partir de los cuales crecer hacia metas altas, pero alcanzables. Nuestra respuesta es el anuncio del Dios amigo del hombre, que en Jesús se hizo prójimo de cada uno de nosotros. La transmisión de la fe es parte irrenunciable de la formación integral de la persona, porque en Jesucristo se cumple el proyecto de una vida realizada: como enseña el concilio Vaticano II, «el que sigue a Cristo, hombre perfecto, también se hace él mismo

más hombre» (Gaudium et spes, 41). El encuentro personal con Jesús es la clave para intuir la relevancia de Dios en la existencia cotidiana, el secreto para vivirla en la caridad fraterna, la condición para levantarse siempre después de las caídas y moverse a constante conversión.

La tarea educativa, que habéis asumido como prioritaria, valoriza signos y tradiciones, de los cuales Italia es tan rica. Necesita lugares creíbles: ante todo, la familia, con su papel peculiar e irrenunciable; la escuela, horizonte común más allá de las opciones ideológicas; la parroquia, «fuente de la aldea», lugar y experiencia que introduce en la fe dentro del tejido de las relaciones cotidianas. En cada uno de estos ámbitos es decisiva la calidad del testimonio, camino privilegiado de la misión eclesial. En efecto, la acogida de la propuesta cristiana pasa a través de relaciones de cercanía, lealtad y confianza. En un tiempo en el que la gran tradición del pasado corre el riesgo de quedarse en letra muerta, debemos estar al lado de cada persona con disponibilidad siempre nueva, acompañándola en el camino de descubrimiento y asimilación personal de la verdad. Y al hacer esto también nosotros podemos redescubrir de modo nuevo las realidades fundamentales. (...) La frontera educativa constituye el lugar para una amplia convergencia de objetivos: en efecto, la formación de las nuevas generaciones no puede menos de interesar a todos los hombres de buena voluntad, interpelando la capacidad de toda la sociedad de asegurar referencias fiables para el desarrollo armónico de las personas.

También en Italia el tiempo actual está marcado por una incertidumbre sobre los valores, evidente en la dificultad de numerosos adultos a la hora de cumplir los compromisos asumidos: esto es índice de una crisis cultural y espiritual tan grave como la económica. Sería ilusorio –esto quiero subrayarlo– pensar en contrastar una ignorando la otra. Por esta razón, a la vez que renuevo la llamada a los responsables del sector público y a los empresarios a hacer todo lo que esté dentro de sus posibilidades para mitigar los efectos de la crisis de empleo, exhorto a todos a reflexionar sobre los presupuestos de una vida buena y significativa, que fundan la única autoridad que educa y regresa a las verdaderas fuentes de los valores. De hecho, la Iglesia se preocupa por el bien

común, que nos compromete a compartir recursos económicos e intelectuales, morales y espirituales, aprendiendo a afrontar juntos, en un contexto de reciprocidad, los problemas y los desafíos del país. (...)".

Fuente: www.vatican.va Discursos, mayo 2010.

PIEPER, JOSEF**,** en su libro citado en la bibliografía:

Explica que el amor tiene diversas acepciones, según el idioma usado y el tipo de amor al que se haga referencia:

"Si es, por un lado, conmoción que tiende a poseer y a gozar, y por otro, actitud de entrega y donación que se olvida de sí misma, «que no busca las cosas propias»; si es una inclinación que puede buscar a Dios, pero también a otras personas (al amigo, a la amada, al hijo, o incluso al desconocido que necesita nuestra ayuda), como también los múltiples y heterogéneos bienes de la vida (deporte, ciencia, vino y canto); un acto, en fin, que es atribuido al mismo Dios y que, en cierto sentido, se dice incluso idéntico con Dios («Dios es amor»); si todo esto es así, ¿no será más bien improbable que todas esas cosas tengan algo de común? Pero, por otra parte, tenemos que pensar que el hecho de que exista un solo nombre para todo eso tiene que tener algún fundamento. ¿Cómo podría describirse eso mismo que en todas las formas de amor se repite y está presente, supuesto, claro, que lo haya? Mi contestación, que no pretende ser más que un intento de solución, es la siguiente: en todos los casos imaginables del amor, amar quiere decir aprobar. Lo cual ha de entenderse, por lo pronto, en sentido rigurosamente literal. Amar algo o a alguna persona significa dar por *bueno*, llamar *bueno* a ese algo o a ese alguien. Ponerse de cara a él y decirle: *Es bueno que existas, es bueno que estés en el mundo.* Aunque el amor nace con vocación de eternidad, *para siempre*, hay que manifestarlo con hechos en el día a día".

"(...) La diferencia de intensidad entre un simple estar de acuerdo y la afirmación que se eleva hasta el entusiasmo de la glorificación es más que evidente, y, sin embargo, en todas estas formas de interpretar el hecho de esa existencia querida, que podrían ampliarse indefinidamente, hay algo común: todas ellas son formas

de expresar un acto del querer. Todas ellas tienen el sentido de comunicar al que lo escucha: yo quiero que existas. El amor es, pues, una forma del querer. (...) Y exactamente igual se da una forma del querer que no tiende a hacer algo todavía en espera de ser consumado en una configuración futura que cambia la situación actual de las cosas. Además del querer hacer, existe el puro asentimiento afirmativo a lo que ya está ahí. (...) Aunque el amor nace con vocación de eternidad, *para siempre*, hay que manifestarlo con hechos en el día a día. Aprobar y afirmar lo que ya es realidad, eso es amar. Esa mental separación y a la vez coexistencia en la voluntad de un momento del querer algo y un momento del amar, no es pura especulación (...) No basta con decir que, además de *querer hacer* algo, también hay un amar en el acto de la voluntad, como una de tantas configuraciones de la esencia de una operación volitiva; algo así como en el pensar, también el contemplar es una forma de conocimiento. (...) ¿Es que acaso no existe la persona –podría preguntarse– al margen completamente de que un amante la encuentre o no maravillosa, que esté de acuerdo o entusiasmado con ella? ¿Se consigue de verdad algo con decir: *Qué maravilla que tú existas*? Con estas preguntas, traídas de la más fría sensatez en son de escepticismo, es evidente que se está interrogando, en el fondo, si el amor *hace* algo de verdad en el total de la existencia; se intenta con ellas saber cuál es su función y si tiene alguna en el terreno del ser. Es exactamente el planteamiento del caso concreto que ahora reclama nuestra atención. Para contestar no basta analizar la intencionalidad del amante ni lo que en esa inclinación hay *propiamente* como pensado o querido por el que ama. En esto podríamos estar de acuerdo. Será preciso que nos traslademos a la otra orilla, es decir, hay que considerar el problema desde el punto en que está situada la persona a quien sobreviene el amor del otro. ¿Qué significa, visto con serenidad, para una persona el que otra la mire y le diga, a la vez que lo siente y lo *vive*: *Maravilloso que tú estés en el mundo*?”.

SIERRA, ÁLVARO, en su libro citado en la bibliografía:

Ofrecemos un breve resumen de las muchas ideas que ofrece el autor:

Dice, entre otras muchas cosas, que la afectividad en sentido estricto no se educa, sino que se estructura. Afirma también que los niños necesitan padres firmes, alegres y seguros. Destaca el tono afectivo positivo que rodee a los niños y que aprendan a disfrutar con las cosas sencillas y cotidianas. Señala como morder, arañar, patear y golpear en niños de 2 a 4 años responde en muchas ocasiones al reflejo de ambientes conflictivos. En los últimos años además de aprender a detectar mejor depresiones infantiles han aumentado los factores externos desencadenantes. Señala como para los niños la separación de sus padres es un cataclismo vital y hay que tener un cuidado muy especial a que el posible resentimiento de un cónyuge hacia el otro no perjudique al hijo. Un niño puede estar resentido por haber sufrido abusos sexuales, agresiones a él o a su madre, ver peleas en su casa o efectos del consumo de drogas. Como lo mejor es corregir por elevación, la solución a muchos problemas está en el verdadero amor, pues es la medida de la perfección del ser humano. Se es tanto más perfecto y maduro cuanto más se es capaz de amar. Estamos en una civilización que no potencia la fortaleza, laboriosidad y templanza y en cambio promueve una afectividad autónoma, fuera del control de la inteligencia y de la voluntad. Alerta ante el posible riesgo que se da en una sociedad altamente competitiva, donde pueden resultar vencedores los depredadores de la virtud.

CÁRCELES, MIGUEL ÁNGEL: Educación afectivo-sexual de niños y adolescentes.

Ofrecemos unos párrafos del texto citado al final de estas líneas:

“(...) El hombre ama con todo su ser, en cuerpo y alma. La sexualidad no puede reducirse a un fenómeno puramente biológico: a la experiencia genital, a la unión carnal hombre-mujer. La sexualidad alcanza categoría humana cuando se enlaza en el misterio del amor, esencial en la existencia del hombre. Por esta razón, la educación sexual ha de estar incluida en el marco de la

educación de la afectividad, es decir, en la educación de los sentimientos y tendencias humanas, entre las que el amor tiene carácter primordial.

Cuando el sexo no se entiende enmarcado en la espiritualidad se vuelve inhumano, y lo inhumano es más bajo que lo puramente animal. El sexo aislado del mundo espiritual –del contexto global del hombre– ve en el otro un «objeto sexual», no «una persona amada». La pura unión carnal, desprovista de espíritu, rebaja las personas a la condición de cosas que sólo tienen sentido en cuanto producen satisfacción o placer.

«Dado que la vida se hace específicamente humana en la medida en que se utiliza la razón –afirma Víctor García-Hoz–, la educación empieza por una acción sobre la inteligencia. De aquí la consecuencia de que toda educación en el aspecto sexual tiene que apoyarse en la formación de una conciencia clara del papel que desempeña cara a Dios en nuestra vida».

Esta educación afectivo-sexual debe ser, por tanto, una educación para el amor, que oriente a cada uno, según su vocación específica, hacia la virginidad o hacia el matrimonio. La primera es una vocación al amor, al don de sí mismo primero a Dios y en Él a todos los hombres. La segunda requiere una sana educación para el amor conyugal, que es un amor de totalidad". (...) Sobre los modos de impartirla, destaca el autor que la educación afectivo-sexual ha de ser: Verdadera, clara, gradual, individual, completa y oportuna.

Continúa afirmando Cárceles que: "Toda educación exige una respuesta por parte del alumno: no sólo debe ser asumida, sino también complementarla mediante la lucha personal. Con mayor motivo cabe afirmar esto a propósito de la educación y de la vivencia afectivo-sexual. «El uso cristiano de la sexualidad –afirma García-Hoz– no se realiza sin esfuerzo, sobre todo en la época de la adolescencia y de la juventud, en las que la fuerza de las tendencias sexuales y la poca madurez de la personalidad exigen una lucha más rigurosa».

"Es preciso concienciar a adolescentes y jóvenes de que la vida humana sólo se realiza a través del esfuerzo. La impureza es, en buena parte, un problema de pereza. Una y otra –o una con otra–, si

se descontrolan, si no se las encauza del modo adecuado, machacan la personalidad embaucando con el goce inmediato, roban la auténtica alegría, pasan siempre amargas facturas al cabo del tiempo y pueden dejar hondas heridas para el futuro. Resulta desaconsejable cargar las tintas en los aspectos meramente costosos y negativos, que chocan con su falta de perspectiva y sus afanes juveniles y, a veces, fomentan un insensato espíritu de rebeldía. Por el contrario, a adolescentes y jóvenes –ellos y ellas– debe animárseles a pasar al campo de los fuertes, de los generosos, de los magnánimos, que es el campo de las personas nobles y sabias, de las felices y de las que tienen porvenir. (...)

Castidad y capacidad de amar

"La conciencia del significado positivo de la sexualidad, en orden a la armonía y al desarrollo de la persona, como también en relación con la vocación de la persona en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, representa siempre el horizonte educativo que hay que proponer en las etapas del desarrollo de la adolescencia. No se debe olvidar que el desorden en el uso del sexo tiende a destruir progresivamente la capacidad de amar de la persona, haciendo del placer –en vez del don sincero de sí– el fin de la sexualidad, y reduciendo a las otras personas a objetos para la propia satisfacción. Tal desorden debilita tanto el sentido del verdadero amor entre hombre y mujer –siempre abierto a la vida– como la misma familia, y lleva sucesivamente al desprecio de la vida humana concebida, que se considera como un mal que amenaza el placer personal. (Consejo Pontificio para la Familia, *Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia*, 8-XII-1995, n. 105)".

Fuente: Educación afectivo-sexual de niños y adolescentes**.** Por Miguel Ángel Cárceles. Página Web: www.almudi.org

BAEZA**,** ELENA**:** El vestido y el pudor

Reproducimos el texto recogido en la página Web indicada al final de estas líneas:

“Hace unos días leía una carta de una señora, que decía: «La palabra pudor parece haber desaparecido del vocabulario común».Tiene mucha razón esta persona, porque el pudor, siempre se ha dicho, consiste en ocultar los valores sexuales, pero es también una forma de provocar el amor. La necesidad espontánea de cubrir los valores sexuales es un medio para permitir que se descubran los valores de la propia persona. Cuando una persona cubre parte de su cuerpo, en cierto modo está reclamando que se fijen en ella por dentro, «no te fijes sólo en mi cuerpo en mi físico, no soy sólo una imagen, soy ante todo una persona». El pudor permite entregar en exclusiva algo muy valioso y que no es del dominio público. El pudor no se puede reducir a centímetros de ropa. No es lo mismo acudir en traje de baño a una piscina que ir con la misma prenda a la facultad, por ejemplo una falda de tenis no tiene nada impúdico en una pista, pero puede serlo en una oficina. La falta de pudor en el vestido lleva a la despersonalización. Yo, al vestirme, dejo claro quién soy. El vestido contribuye a identificar el quién. El vestido también me identifica como persona. La personalidad se refleja a menudo en el modo de vestir, contribuyendo lo que podemos llamar «estilo».

Fuente: Página Web: www.sontushijos.org

XVIII
BIBLIOGRAFÍA ACONSEJADA Y COMENTADA

Son varios y diversos los autores mencionados a lo largo del texto; sería prolijo dar una bibliografía extensa, pues el lector pudiera verse abrumado. Sabiendo que muchos lectores con interés por alguno de los temas tratados, buscarán el modo de acceder a textos de esos u otros autores, nos limitamos a recoger una bibliografía en la que se abordan todos los temas tratados en estas páginas y que permiten seguir la tarea de formación por cuenta propia. Citamos los libros siguiendo el orden alfabético de los apellidos de los autores.

BONETE, ENRIQUE: *Ética de la sexualidad*. Editorial Desclée De Brouwer. Bilbao, 2007.

El autor, profesor de universidad, está casado, y en labios de su hija mayor pone una serie de preguntas que sirven de hilo conductor al texto. La visión que aporta es amplia, completa y clara de la sexualidad. Parte de una visión cristiana de la vida y usa en su argumentación textos de documentos de la Iglesia, que no cita literalmente para no recargar el texto, pero que laten en sus respuestas. Conjuga el detalle en corto, por las preguntas de su hija, con el plano largo que sitúa en el contexto adecuado el desarrollo de la educación de la sexualidad en los seres humanos, que por ser personas e hijos de Dios, tenemos una dignidad muy superior a la animal. La visión positiva y la belleza de la sexualidad bien vivida le llevan a no omitir ninguna de las exigencias que comporta un estilo de vida coherente con la dignidad propia y ajena. No incluimos pasajes de libro en el apartado anterior, pues las ideas que el autor expone han sido comentadas con frecuencia a lo largo del texto.

GARCÍA-MORATO, J. R.: *Crecer, sentir, amar: afectividad y corporalidad.* Ediciones Eunsa. Pamplona, 2009.

El autor trata con rigor y amenidad las cuestiones relacionadas con el desarrollo armónico de la persona en todas sus dimensiones. En

la contraportada se ofrece una acertada síntesis del contenido: “El ámbito de la afectividad es mucho más amplio que el de la sexualidad e imprescindible para entenderla bien. El libro comienza con un capítulo dedicado a la afectividad y al valor de los sentimientos: en un intento de valorar adecuadamente la dimensión afectiva del ser humano y su papel en el desarrollo personal y en las acciones diarias, que permite abordar con más riqueza de matices el siguiente capítulo, sobre el significado de la sexualidad humana. En él, tras una presentación que enmarca las tareas que lleva consigo la educación sexual y las convicciones de fondo que exigen, se hace un análisis breve, realista y profundamente humano de esta realidad, tan implicada en la singularidad personal”. Tiene otros libros en los que complementa y continúa su exposición argumental.

JAVALOYES, J. J.: *El arte de enseñar a amar*. Ediciones Palabra. Madrid, 2009.

El libro tiene un estilo práctico, directo y claro. El propio título ya es un acierto. Los niños y niñas actuales reciben abundante información biológica sobre la sexualidad y poca educación en una faceta tan esencial para ser feliz como es aprender a amar. De explicar el uso de la facultad de la sexualidad en un contexto de entrega mutua en el amor permanente y abierto a la vida a explicarlo como una mera fuente de placer, va un abismo. Usando la sexualidad se puede amar o se puede usar a la otra persona. Sólo una persona que ha sido educada en el amor es capaz de practicar y enseñar a otros a amar. No perder de vista la unidad de la persona en el querer y en el obrar es un buen punto de partida. Concebir a una persona como fruto de azar del genoma humano o como resultado de un proyecto amoroso de Dios en conjunción con nuestros padres son dos modos de enfocar la cuestión con claras consecuencias en la vida práctica y quizá en el éxito de la futura vida personal de nuestros hijos o alumnos.

LORDA, JUAN LUIS: *Humanismo II. Tareas del espíritu*. Ediciones Rialp. Madrid, 2010.

Lógicamente este libro está precedido por otro anterior que mencionamos. El autor es un buen comunicador y escribe libros son sugerentes, pues plantea de una manera clara, ordenada y creativa los temas; sabe dar con un enfoque diferente que aporta nuevas luces a temas de siempre. Este libro es una continuación de *Humanismo: los bienes invisibles.* Aquí se centra en aspectos básicos para la formación de la personalidad, con son los medios para cultivar la inteligencia, fortalecer la voluntad, lograr un dominio hasta donde es posible, de la parte afectiva. También desarrolla temas relacionados con la dimensión social de la persona, comenzando por el núcleo básico que es la familia. Aprender a convivir no es una técnica, es más bien el resultado de cultivara unas virtudes que posibilitan una convivencia amable y enriquecedora. Los capítulos titulados: *el arte de enseñar* y *el arte de gobernar*, indican una prudencia sólida. Finaliza el libro con la sugerencia de cincuenta libros valiosos para seguir cultivando la personalidad, lo que es un modo real de ayudar a los demás; si mejoro yo, puedo ayudar a otros.

LLANO CIFUENTES, ALEJANDRO: *La vida lograda.* Editorial Ariel. Barcelona, 2003.

En doscientas páginas, Llano hace un excelente recorrido por los aspectos más importantes en la búsqueda de una vida plena, lograda. Si bien abundan los libros de ética, éste que tengo en mis manos tiene la doble característica, no fácil de encontrar, de un gran rigor intelectual y de amenidad. El autor hace fácil lo difícil: rastrear en el ansia de felicidad de las personas lo que hay de auténtico y lo que hay de engaño. Analiza aspectos como el dinero, el placer, el poder, el conocimiento… como condiciones a veces necesarias pero no suficientes para encaminarse hacia la vida lograda; para encontrar la huella de verdad que hay en ellos cuando están ordenados a la entrega plena, amorosa y libre que reside en la amistad, en la familia y en el trato con Dios. El autor no da nada por supuesto en este recorrido en el que, como si fueran peldaños de una escalera, va subiendo desde las cosas más materiales a las

más espirituales, hasta encontrar la vida que verdaderamente vale la pena vivir.

PIEPER, JOSEF: *Las virtudes fundamentales*. Ediciones Rialp. Madrid, 2007.

Pieper es un autor de reconocido prestigio. En este libro, aborda como su título lo dice, las virtudes fundamentales del hombre, partiendo de la base de que “la gracia no destruye, sino que perfecciona la naturaleza”. Las virtudes no se pueden ver por separado; por ejemplo: “ la fortaleza como virtud existe sólo donde se quiere la justicia” además la prudencia tiene mucho más que ver con la sabiduría que con el apocamiento, ya que sabio “es el hombre a quien las cosas le parecen tal como realmente son”. Hay palabras que hay que “limpiar” de adherencias y falsas interpretaciones para que se puedan entender de manera correcta. Eso se podrá apreciar especialmente cuando habla del amor, palabra tan usada que requiere explicación previa en cada uso. Pero algo similar le ocurre a la templanza o al propio concepto de virtud. Aporta una formación de base que permite pensar de una manera seria y rigurosa.

SIERRA, ÁLVARO: *La afectividad. El eslabón perdido en la formación de las personas***.** Ediciones Eunsa. Pamplona, 2008.

El autor, médico con amplia experiencia clínica y padre de varios hijos, expone de una manera sencilla, clara y rigurosa algunas ideas en torno a la afectividad, a la que llama eslabón perdido de la educación, y de la que dice que más educar en sentido estricto, es preferible decir estructurar y desplegar. El fundamento de una adecuada afectividad está basado en una familia sana; salvando los casos clínicos, el tono afectivo positivo es más fácil de encontrar en las familias bien estructuradas, estables y que cuidan la educación de sus hijos. El aumento de casos de depresión infantil, de déficit de atención... puede venir porque un elemento exógeno negativo potencia esa incipiente tendencia. No estamos hablando de una ciencia exacta, en la que todos los casos sean explicables por esa

razón, pero como sí lo son la mayoría, cabe afirmar que al salir la madre del hogar y no haber entrado el padre, se activan elementos exógenos que potencian desequilibrios psíquicos. Es también un hecho probado, que la inestabilidad familiar, la violencia dentro de la familia, los problemas derivados del estrés o de los problemas familiares inciden negativamente en la conformación de la afectividad. Los casos clínicos que menciona corresponden a Colombia, pero son aplicables a buena parte de Occidente. El capítulo dedicado a los abusos sexuales y al consumo de sexo en el ciberespacio es espeluznante por la cantidad de aberraciones a las que una parte de la juventud se ve expuesta o sometida. No es la única consecuencia del libro, pero resulta obvio que una familia sana y el cultivo de las virtudes ayudan a la adecuada integración de la afectividad dentro de la personalidad.

PUESTOS LOS CIMIENTOS…

Cada edad tiene sentido en sí misma, no como mera preparación para las etapas posteriores, como si la cumbre de la vida se alcanzara en la vida adulta. En la vida lo importante es el día a día. Para los que creemos en el sentido trascendente del hombre, sabemos que algunas cuestiones sólo se entienden cuando uno ha llegado al *más allá.*

La infancia no simple preparación para la adolescencia; tampoco es, por definición, una etapa feliz ni amarga. Como afirma un argentino*, la vida es un tango y hay que aprender a bailarlo*. Ninguna persona puede juzgar el interior de otra y por esa razón no se trata de emitir juicios morales sobre personas, pero sí se puede aprender de la experiencia. Quién no lo hace, no avanzará pues siempre partirá de cero; sabiendo que cada vida es irrepetible, algunos errores o aciertos pueden ayudar a otras personas a enfocar su vida de otra forma. Dejamos aquí al muchacho o muchacha de doce años, con casi toda una vida por delante, pero en la que están puestos unos fundamentos que le ayudarán a un futuro mejor o peor. Haber tenido amistad en la infancia con su padre, es para un chico una medida de seguridad ante el futuro; lo mismo cabe decir de una chica con su madre y de ambos con sus cónyuges. La vida del hogar en el que uno crece contribuye poderosamente al desarrollo de la personalidad.

Hemos comentado como las circunstancias particulares del mundo que nos toca vivir, llevan a que sea preciso adelantarse en la educación de la sexualidad de los niños a lo que su desarrollo natural pudiera sugerir. El efecto de los medios de comunicación, del comportamiento de hermanos mayores, el ambiente en el colegio o en el barrio, llevarán a que unos padres decidan que a sus hijos siempre procurarán ser ellos quienes les expliquen los temas esenciales, aún en el caso que una primera información la hayan recibido fuera. Ser coherentes con un estilo de vida como el sugerido en estas páginas obliga a ir contra-corriente. Habrá que poner barreras para que los propios familiares no les den más cosas de las necesarias; hay que hacerles ver –si es preciso recorriendo

en coche barrios marginales– que hay personas que carecen de lo más elemental. Que en su casa no se ve la televisión a cualquier hora y en cualquier sitio; efectivamente en su casa no hacen lo mismo que en otras muchas de su entorno, pero es probable que reciban más cariño y dedicación que la media de sus amigos.

Así, estando día a día pendientes de los hijos, procurando que la familia ocupe un lugar relevante en la escala de valores real de todos sus componentes, a cada hijo se le podrá dar una educación personalizada y sabrá que se le quiere como por lo que son, hijos, hermanos, personas, por encima de las notas que saquen e incluso del comportamiento que tengan. Un hijo no deja de serlo por mucho que se tuerza el camino de su vida. Ojalá que el futuro depare grandes alegrías a todos los miembros de la familia, pero si no es así que sepan que hay un camino de vuelta y alguien que les espera. A los padres les gustaría asegurar el futuro de sus hijos, pero no es posible; están manos de su libre albedrío en unas circunstancias que no dependen sólo de ellos. La mejor manera de preparar el futuro es haciendo lo adecuado en el presente y, si se es creyente, rezando día a día por cada hijo. Quizá este libro tenga continuidad para abordar momentos más difíciles y apasionantes de la vida de los jóvenes; con independencia de que lo hagamos o no, lo importante es el libro que cada uno de nosotros escribe con su vida diaria; ese es el libro que de verdad vale la pena redactar con todo el interés posible, entre otras razones porque no somos versos sueltos y como dice un dicho keniano: *Si quieres ir rápido, vete solo; si quieres llegar lejos, vete con otros.* Se trata de lograr una vida plena y parte de esa plenitud se alcanza procurando hacer felices a los demás.